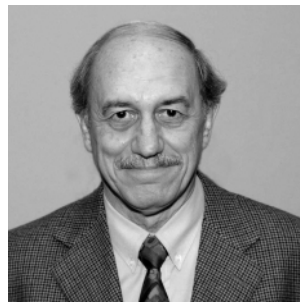


ENCUENTROS



El capital cultural y su impacto en el desarrollo

Conferencia de
Camilo Herrera

La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales

Conferencia sobre un artículo de
Ronald Inglehart y Wayne E. Baker

Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina

Conferencia de
Néstor García Canclini

CENTRO CULTURAL DEL BID

Coordinación General y Artes Visuales: Félix Angel

Coordinación General Asistente: Soledad Guerra

Conciertos y Conferencias: Anne Vena

Programa de Desarrollo Cultural en la Región: Elba Agusti

Colección de Arte del BID: Gabriela Moragas y Susannah Rodee



El Centro Cultural del BID fue creado en 1992 por Enrique V. Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El Centro tiene dos objetivos principales: 1) contribuir al desarrollo social por medio de donaciones que promueven y cofinancian pequeños proyectos culturales con un impacto social positivo en la región, y 2) fomentar una mejor imagen de los países miembros del BID, con énfasis en América Latina y el Caribe a través de programas culturales y entendimiento mutuo entre la región y el resto del mundo, particularmente de los Estados Unidos.

Las actividades del Centro en la sede promueven talentos nuevos y establecidos provenientes de la región. El reconocimiento otorgado por las diferentes audiencias y miembros de la prensa del área metropolitana de Washington D.C., con frecuencia ayudan a impulsar las carreras de nuevos artistas. El Centro también patrocina conferencias sobre la historia y la cultura América Latina y el Caribe y apoya emprendimientos culturales en el área de Washington D.C. relacionados con las comunidades locales latinoamericanas y del Caribe, como por ejemplo, el teatro en español, festivales de cine y otros eventos.

Las actividades del Centro, a través del *Programa de Artes Visuales* y de la *Serie de Conciertos y Conferencias*, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El *Programa de Desarrollo Cultural en la Región* se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que impulsan el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La *Colección de Arte del BID*, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisféricas que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

INDICE

<i>El capital cultural y su impacto en el desarrollo</i>	
Conferencia de Camilo Herrera	1
<i>La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales</i>	
Extractos del artículo de Ronald Inglehart y Wayne E. Baker	15
<i>Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina</i>	
Conferencia de Néstor García Canclini	39

EL CAPITAL CULTURAL Y SU IMPACTO EN EL DESARROLLO

Camilo Herrera

El Centro Cultural del Banco Interamericano de Desarrollo, bajo la dirección de Félix Angel, ha organizado esta serie de conferencias sobre “Cultura y Desarrollo” con el fin de ampliar la discusión sobre la importancia de los procesos culturales en el desarrollo económico de las naciones. Esta iniciativa, que vale la pena exhortar, es un ejemplo de la importancia que el Centro Cultural ha adquirido en la vida misma del BID, lo cual confirma que lo cultural trasciende las mismas actividades artísticas. De igual modo, la colaboración del Departamento de Desarrollo Sostenible del BID y de la Unidad de Desarrollo Social, Educación y Cultura de la Organización de Estados Americanos (OEA) resalta la importancia y relevancia de la cooperación multilateral en el ámbito académico. Agradezco a todos ellos, y en especial a Anne Vena, la creación de este espacio para debatir en torno a la cultura y el desarrollo.

Una de las preguntas que más se hacen los economistas en cualquier parte del mundo es por qué hay diferencias en

el desarrollo económico de los países. De hecho, el libro que sentó los cimientos de esta disciplina social se titula *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. Cuando Adam Smith lo escribió a finales del siglo XVIII, jamás se imaginó que su inquietud sería compartida por un sinnúmero de pensadores sociales.

Hoy en día, los fenómenos económicos de las naciones son susceptibles de comparación gracias a una gran cantidad de indicadores que los economistas han desarrollado y que se nos presentan de una manera a veces compleja e incomprensible. Diariamente escuchamos en los medios de comunicación que el producto interno bruto de la nación ha crecido de manera estable en proporción con el crecimiento poblacional del país; paso seguido, se escucha que el Índice Dow Jones tuvo una caída que podría atribuirse al aumento del mercado NASDAQ, o bien que hay inquietud en las Naciones Unidas porque el Índice de Desarrollo Humano varía mucho de un país a otro.

El capital cultural y su impacto en el desarrollo se presentó en el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C., el 11 de octubre de 2001 como conferencia inaugural del ciclo sobre “Cultura y Desarrollo” del Programa de Conferencias del Centro Cultural del BID, en colaboración con la OEA.

Toda esta información, que se nos presenta en un lenguaje técnico, deriva de los muchos intentos por encontrar maneras de medir la riqueza de una nación.

En los últimos años, mediciones de otro tipo han cobrado vigencia en el mundo académico. Estas mediciones son intentos por cuantificar las condiciones y capacidades intangibles de las personas. Y la economía pasó de expresarse en unidades monetarias —dólares, euros o pesos—, a hablar de conocimientos, confianza y capacidad de asociación. El concepto de “capital intangible” entró al discurso sociológico para explicar el complejo mundo del desarrollo económico.

Hoy en día, llevados por teorías como las del capital humano y el capital social, los economistas se alejan de las unidades monetarias y penetran en las mediciones cualitativas. Ahora se escucha decir que la poca confianza reduce la capacidad de las personas para asociarse y que eso genera una desaceleración del crecimiento económico.

¿Qué llevó a los economistas a fijarse en lo intangible? Quizá el hecho de que en la actualidad las grandes interrogantes sociales no se pueden explicar en términos de cifras. Los autores clásicos resaltaban la importancia de lo intangible, Weber hablaba de las religiones, Smith de la “mano invisible” y Malthus de la infertilidad por escasez. En la actualidad se escucha a Inglehart hablar de valores, a Fukuyama de confianza y a North de instituciones. La economía, sin lugar a dudas, ha cruzado la línea de lo intangible.

El capital social, comprendido como la capacidad de interacción de las personas en pos de objetivos comunes, y el capital humano, entendido como el nivel de capacitación productiva adquirida,

han comenzado a explicar con un gran dinamismo las diferencias entre distintas sociedades. Pero ambas teorías llegan a las mismas interrogantes: ¿por qué la gente no se asocia y por qué no adquiere capacitación productiva? Ambas preguntas se orientan a comprender por qué los habitantes de distintos países actúan de una manera tan diferente. Y la respuesta es que ello se debe a diferencias culturales.

La cultura es el conjunto de expresiones colectivas propias de una sociedad, expresiones que comprenden desde lo político hasta lo folclórico, que encierran la complejidad misma del ser humano. La cultura es todo aquello que los habitantes de los pueblos tienen en común, y lo que es común a un pueblo no lo es a los demás.

Pues ahora cabe plantearse otra pregunta: ¿por qué son diferentes las culturas? Para contestarla, remitámonos a dos fenómenos diferentes que ejercen un efecto sobre los países.

Tenemos, primero, su “georreferenciación”. Cada país pertenece a un hemisferio y a un continente, y esto le confiere rasgos específicos que influyen sobre su productividad. El gráfico 1 ilustra la relación entre el ingreso económico de las personas y su país de residencia. Aunque parezca insólito, este estudio demuestra que los habitantes de países que no están en latitudes tropicales tienen un ingreso cuatro veces superior al de los habitantes de países en el trópico. El eje vertical representa la zona de latitud donde se encuentran los países, siendo cero (0) el ecuador, y el eje horizontal representa el nivel de ingreso por persona. Esta función, que deriva de un estudio, demuestra que el cambio de estaciones favorece el desarrollo económico. En el gráfico

esto lo ilustra claramente el hecho de que la función se desplaza fuertemente hacia la derecha. La tendencia observada se debe a que en las regiones donde las estaciones cambian cada tres meses, las necesidades de las personas y la demanda de artículos de consumo varían trimestralmente, lo cual obliga al sector industrial a cambiar sus líneas de producción para ajustarse a las necesidades del consumidor.

Si bien este ciclo trimestral se observa lejos de la zona tórrida, en esta última ocurre algo diferente. Los ciclos parecen ser anuales y las necesidades de las personas no cambian continuamente.

Lo antedicho demuestra que la “georreferenciación” de un país desempeña un papel fundamental en su desarrollo no tanto por su ubicación, sino porque determina las necesidades de las personas. Además de estos cambios, los habitantes de zonas donde las estaciones varían practican el ahorro y la prevención, convirtiéndose en personas precavidas que se anticipan al futuro. Esto es exactamente lo contrario de lo que se observa entre los habitantes de la zona tórrida. La ubicación de una sociedad en la Tierra influye en las actitudes y necesidades de sus habitantes.

Otro indicador pertinente es la estabilidad del contrato social, que es la expresión misma del liberalismo puro y de la ética kantiana. Todo contrato implica un equilibrio de deberes y derechos entre personas; así, pues, el contrato social constituye la formalización del derecho natural en un derecho positivo.

La forma más común de este contrato social es la Constitución de un país, de cuya continuidad y estabilidad dependen las condiciones del mercado. El gráfico 2

ilustra con claridad la relación entre el contrato social y el desarrollo económico. El eje vertical nos muestra el ingreso nacional per cápita, y el eje horizontal, el año en que fue proclamada la Constitución del país. Resulta evidente que existe una relación directa entre la edad de una Constitución y el ingreso per cápita, lo cual confirma que en un ambiente institucional estable y sostenido existen mejores posibilidades de alcanzar un mayor desarrollo.

La relación descrita parte también de las necesidades de las personas, ya que las Constituciones son el contrato entre el Estado y la población para suplir las necesidades comunes; y si la Constitución es antigua, ello demuestra que el contrato ha tenido una aceptación general y despierta en las personas de ese país una confianza en el sistema que les permite tomar decisiones a mediano y largo plazo.

En conclusión, las necesidades personales son las que determinan el proceso de desarrollo económico. Si la persona tiene frío o calor, buscará cómo satisfacer las necesidades que ello le impone, y si tiene otras necesidades, se podrá amparar en el régimen constitucional vigente, que protege sus derechos a cambio de ciertos deberes. Cuando una persona tiene una necesidad se ve obligada a satisfacerla y lo primero que hace es expresarla.

Lo que expresa una persona es la respuesta a sus necesidades individuales; lo que expresa una sociedad, en cambio, es la respuesta a sus necesidades colectivas. Si de hecho existe un vínculo entre una necesidad y su expresión, como de hecho parece existir, la cultura es el resultado de las necesidades comunes de una población.

Los economistas, sin proponérselo,

hemos excluido de nuestros estudios al sector cultural. Hablo por mí mismo, pero sé que muchos economistas estarán de acuerdo en que hemos tardado en entender que un artista o un texto literario nos podían ayudar a comprender el núcleo social que estábamos estudiando. Pero hoy en día reconocemos la importancia de la cultura y del artista en los fenómenos de transformación y desarrollo económico. Ahora sabemos que los dibujos rupestres de las cuevas de Altamira nos permiten comprender la dimensión social y económica de una sociedad prehistórica, y que observando las obras plásticas de Guayasamín, Kahlo y Botero, aun sin necesidad de amplios conocimientos, apreciamos la complejidad del latinoamericano.

El artista se expresa en su obra, cualquiera que sea la forma que ésta adopte. De ahí que lo artístico vaya más allá de lo plástico, reflejando hasta las necesidades que le son comunes a toda una sociedad. La cultura es entonces parte activa y fundamental del desarrollo económico y medirla es importante porque nos permite comprender la dinámica misma del desarrollo. ¿Pero cómo medir la cultura? Los problemas que ello entraña nacen de su forma, que es completamente diferente de la de todo lo que hayamos medido anteriormente. A diferencia de las esculturas, las necesidades son intangibles y su naturaleza no es enteramente física.

La cultura posee dos grandes aspectos que interactúan —lo tangible y lo intangible— pero que no deben separarse porque lo tangible no sería posible sin su contrario, siendo uno agente causal del otro.

Supongamos por un momento que una persona tiene una necesidad y la desea expresar mediante un cuento. Lo común es que la persona escriba el cuento,

que más tarde podrá ser reproducido y ofrecido en el mercado como un libro si el texto representa necesidades comunes a la sociedad. Su aceptación comercial se verá sujeta a las inquietudes comunes expresadas en el texto. Finalmente, la venta del cuento le representará al autor un capital económico con el cual quizá pueda suplir alguna de sus necesidades. Este capital económico se pudo adquirir porque la persona tenía en potencia un capital cultural.

El capital cultural es el acervo de valores y expresiones comunes de una sociedad. Adquiere carácter intangible en los valores comunitarios como la confianza, la felicidad y el orgullo nacional, y carácter tangible en la industria cultural, el turismo cultural y los servicios culturales.

El acervo de valores comunitarios ha sido ampliamente estudiado en el marco de la economía institucional, donde la teoría del capital social explica muchas de estas interacciones. Los niveles de confianza guardan una estrecha relación con el desarrollo. El gráfico 3 nos permite apreciar que a mayor nivel de confianza, mayor es el ingreso. Esta correspondencia, derivada del *World Values Survey* de la Universidad de Michigan, Estados Unidos, expresa con perfecta claridad la relación entre el ingreso y la confianza: si es alto el ingreso promedio, habrá confianza en el mercado. No obstante, esta relación de causalidad tiene poco sentido. Más bien parece que el desarrollo económico se produce cuando hay un alto nivel de confianza, y esa confianza la despierta el sistema gracias al contrato social que anteriormente mencionábamos.

Quizá una de las relaciones más directas en lo que respecta al capital cultural intangible es aquélla entre el ingreso y la

felicidad, y aquí el factor causal parecería ser el ingreso (véase el gráfico 4). Los niveles de felicidad en los países guardan una relación directa con el nivel del ingreso, puesto que si éste es alto, las personas tienen mayores probabilidades de satisfacer sus necesidades.

Uno de los hallazgos sorprendentes e inesperados de este estudio es que hay una relación inversa entre el orgullo nacional y el ingreso (véase el gráfico 5). Cuando se planteó esta relación, se partió de la hipótesis de que una relación directa entre el ingreso y el orgullo nacional explicaría la capacidad de un país para satisfacer sus necesidades. Pero los resultados mostraron una tendencia inversa quizá debido a que en muchos casos el orgullo nacional está sujeto a condiciones de autoridad y no de libertad de mercado. Por lo tanto, se procedió a examinar la relación entre la satisfacción con el Gobierno y el ingreso (véase el gráfico 6), y esta relación también fue inversa. No obstante, se concluyó que los bajos niveles de satisfacción con el Gobierno, aun cuando es alto el ingreso, podría originarse en la condición de insatisfacción natural del hombre, ya que las naciones que no tienen fuerte orgullo nacional y no están de acuerdo con su Gobierno son aquellas cuyas necesidades se satisfacen gracias a altos niveles de ingreso. Por consiguiente, su actitud hacia el Estado no está sujeta a la satisfacción de sus necesidades.

Esta breve revisión sobre algunos aspectos intangibles del capital cultural nos lleva a reflexionar sobre el conjunto de valores de cada país y su estrecha relación con el desarrollo económico. Si una persona confía, es feliz y expresa correctamente sus necesidades, será propensa a devengar un buen ingreso, llevando al

país a una senda de desarrollo.

Hay fenómenos intangibles, por consiguiente, que forman parte fundamental de lo que define a una sociedad, y sus interacciones son aun más relevantes. Existe, por ejemplo, una relación directa entre la confianza y la felicidad, lo cual tiene impacto sobre el ambiente en que interactúan las personas.

Es poco lo que se sabe en cuanto al capital cultural tangible en el ámbito de las industrias culturales, ya que el debate en torno a ellas ha sido tan profundo que no se ha avanzado mucho. La UNESCO afirma que las industrias culturales son aquellas que insertan un derecho de autor en los insumos de producción, mientras que el Banco Mundial defiende la tesis de la “industria de la creatividad”. Estas diferencias han obstaculizado el esfuerzo de algunos organismos, como el Convenio Andrés Bello y el CERLALC, por lograr un programa de cuentas satélite para el sector cultural en las estimaciones de las producciones nacionales.

Pese a lo anterior, el Convenio Andrés Bello ha logrado estimar el aporte del sector cultural a la producción nacional en ciertos países (véase el gráfico 7). Queda entonces claro que el sector cultural es tan grande como el sector de la electricidad, y que es un fuerte generador de empleos y de integración comercial regional, más aún en las industrias dirigidas a hispanoparlantes. Esta investigación aporta abundantes pruebas, ya que existe una estrecha relación entre el desarrollo económico y las industrias culturales (véase el gráfico 8), que son la editorial, la fonográfica, la cinematográfica, el video, la televisión, la radio, el teatro, las artes visuales, la publicidad, la prensa, las revistas y las artesanías, secto-

res todos que requieren de artistas, es decir, que tienen necesidades comunes identificadas.

Es un hecho irrefutable que existe una estrecha relación entre el capital cultural y el desarrollo económico, bien sea desde la óptica de lo tangible o intangible. Ahora bien, ¿cómo se genera el capital cultural?

Las formas intangibles del capital cultural provienen del acervo de valores de las sociedades. Por lo tanto, no existe una política o una estrategia única de formación de capital cultural intangible, pero en todos los casos específicos parece partir del proceso de creación de una nación. Como hemos dicho anteriormente, la cultura se refiere a lo común, lo compartido, y es esto mismo lo que forma una nación. La condición natural del ser humano de querer agruparse obedece a la búsqueda de la satisfacción de necesidades mediante un trabajo en conjunto, y de aquí nace el concepto de nación. Es fundamental identificar lo que hay de común en cada país para así poder estructurar una estrategia que fomente la formación de intangibles.

Lo intangible también se impone de modo inevitable. En muchos casos, por más que exista una política orientada a fomentar la identidad de una nación o determinados valores, las necesidades ejercerán su influencia decisiva.

La industria cultural, tanto de bienes como de servicios, es uno de los caminos más promisorios para reducir la pobreza en los países en desarrollo. En América Latina, la comunidad del lenguaje, que quizá explique, en parte, el problema de identidad de estas naciones, es la vía de integración comercial más importante. Si un artista latinoamericano escribe un tex-

to, su mercado potencial abarca la población lectora de toda la parte sur y central del continente americano, y lo mismo sucede en el caso de la industria fonográfica, la televisión, el cine y las publicaciones periódicas. Esta ventaja competitiva parte de dos condiciones básicas: el idioma y las necesidades compartidas en todo el territorio.

Por otro lado, cabe reconocer que las preferencias del consumidor están sujetas a condiciones impredecibles y, por lo tanto, lo “raro” y lo “desconocido” tienen una gran aceptación. Este es el caso del souvenir en el mundo entero.

Para crear una industria cultural es preciso pensar como empresario y no en términos de un Estado proteccionista. Los bienes culturales captan a tantos consumidores, que en un mercado libre ello mejora la calidad de la oferta. En un caso tal los fenómenos propios de los mercados internacionales, que han afectado a muchas naciones, se verían casi eliminados debido a la homogeneidad de los productos.

Es importante que el artista se inserte en la dinámica del mercado, para lo cual deberá generar estructuras sólidas que le permitan obtener nuevas ventajas y tener mejores opciones. Tal es el caso del sindicato de caricaturistas de Argentina, que logró que por lo menos la mitad de las caricaturas de los diarios fueran elaboradas por argentinos. Inicialmente esta legislación se catalogó de proteccionista; no obstante, hoy en día muchos caricaturistas argentinos son reconocidos en el mundo entero.

Si la pregunta es cómo formar un capital cultural, la respuesta apunta a consolidar una identidad nacional en torno a lo común y establecer una industria

cultural organizada, como eje fundamental de las políticas de comercio exterior de los países. Hay que abandonar la visión aristocrática de las oficinas de relaciones exteriores, que utilizaban las obras plásticas y las artes con escenas autóctonas como parte de su estrategia de relaciones públicas internacionales.

Un claro ejemplo de la importancia del capital cultural se observa cuando un fenómeno estético fomenta el desarrollo, como en los casos de Curitiba y Bogotá. Se inculcó en la ciudadanía una imagen de ciudades amigables, bellas, amplias y humanas, lo cual generó un cambio en la visión que tenían de ellas los habitantes y, de manera recíproca, las ciudades aumentaron su productividad. Si se logra cambiar la visión y la percepción intangibles de lo que se tiene en común, y esto satisface alguna de las necesidades compartidas, el beneficio será mayor de lo esperado.

Otro fenómeno de la industria cultural que es fundamental para aumentar los niveles de capital cultural intangible es la presencia de museos. Estos son la memoria viviente de una nación y se deben considerar servicios culturales dinámicos y modernos, no edificios estériles llenos de piezas representativas de una historia con la que el visitante está poco familiarizado. Los museos deben ser instrumentos fundamentales en la formación de una nación, no sólo por ser los custodios del pasado, sino por ser fuentes de instrucción en el presente.

En un mercado tan dinámico, la formación de capital cultural requiere decisiones firmes y audaces. No basta con enseñarles a los escolares quién fue Bolívar, sino por qué y para qué luchó. A la juventud hay que hacerle ver que tener fe

en su país va más allá de cantar un himno nacional, que significa trabajar día a día por satisfacer sus necesidades individuales, seguramente idénticas a las de muchos otros. Es igualmente necesario transformar el pensamiento negativo en torno a los problemas, demostrando que representan posibles oportunidades de desarrollo. Asimismo, es importante distribuir artesanías locales a los turistas en los hoteles y poner obras de artistas nacionales en las habitaciones; promover la formación de organizaciones de artistas en pos de una estrategia de expansión de mercados; demostrarles a los autores que registrar sus obras aporta grandes beneficios económicos. En otras palabras, es preciso comprender que la cultura debe ser parte activa del mercado, sin que por ello pierda sus rasgos distintivos.

Formar capital cultural es un difícil proceso a mediano plazo y una estrategia de integración y penetración de mercados. Pero el primer paso consiste en demostrarles a los artistas y a la juventud que pueden vivir de su arte y sus sueños si se identifican con los intereses que son comunes a toda la sociedad y con las necesidades de los demás.

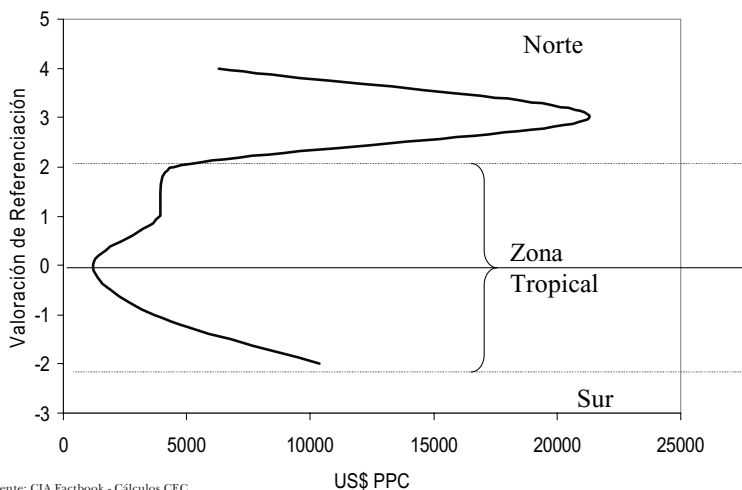
En resumen, son muchos los factores que influyen sobre el desarrollo económico, pero su base es la composición cultural de las sociedades, a tal punto que se observa un estrecho paralelo entre el capital cultural, el capital humano y el capital social. Sin cultura no hay desarrollo. Si no reconocemos lo común no podremos comunicarnos; y hoy más que nunca debemos aprender de los artistas, cuando el mundo está al borde de un conflicto entre sociedades con culturas radicalmente distintas. Hoy hace un mes ocurrió el atentado terrorista que cambió al mun-

do; mañana se conmemora la llegada de España al Nuevo Mundo hace 509 años, y hoy hace 11 días mataron en Colombia a una exministra de cultura. Estos tres fenómenos han estremecido a las sociedades y han transformado su cultura, pero aprendamos de los artistas, quienes día a día nos dan lecciones de tolerancia por medio de sus escritos, pinceladas y elocuentes palabras.

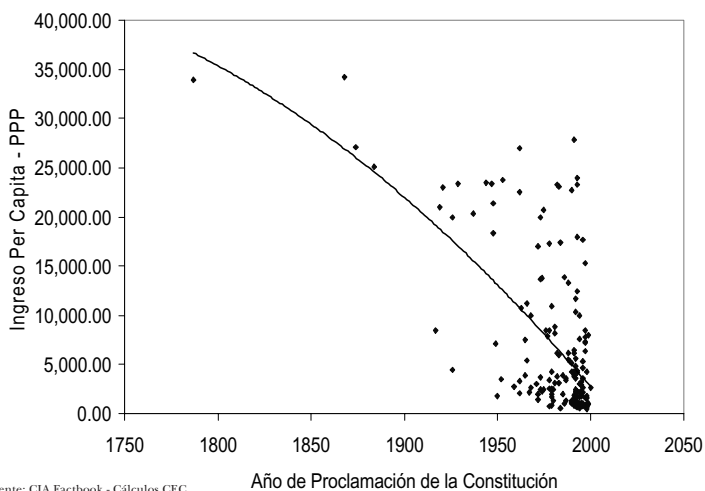
Muchas gracias.

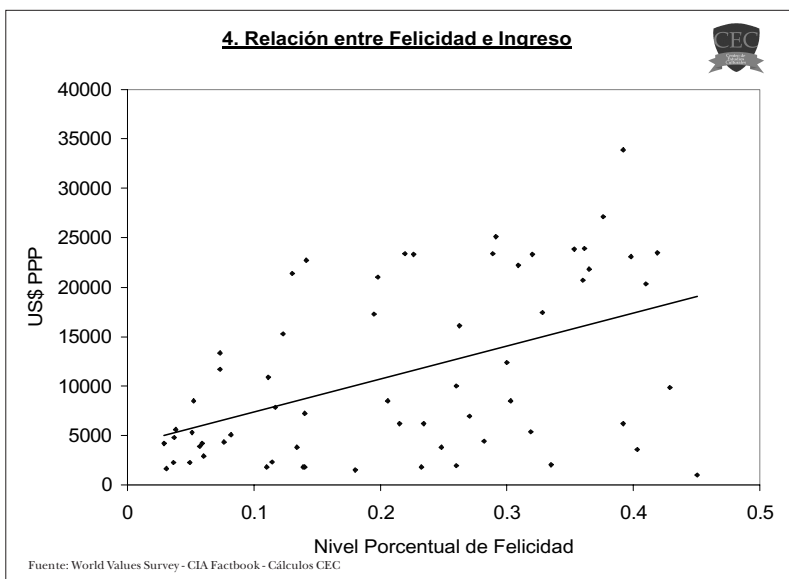
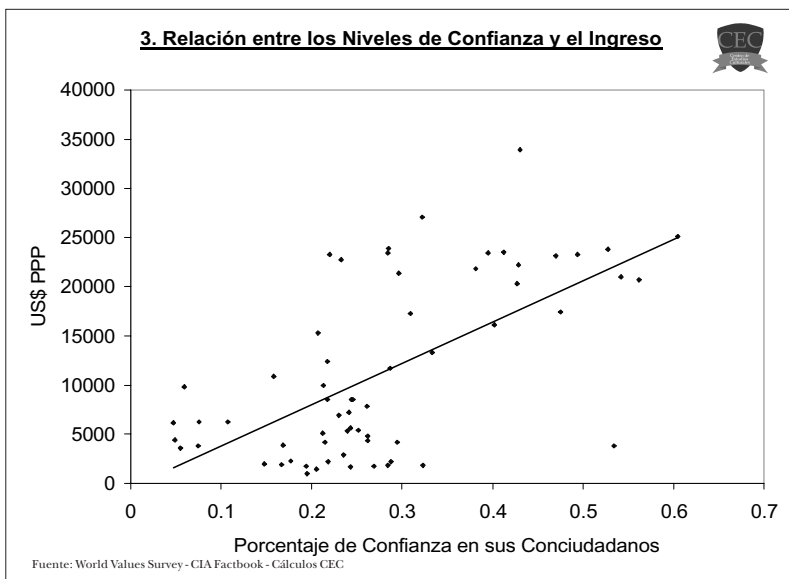
A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Camilo Herrera', with a stylized flourish at the end.

1. Relación Entre Zonas Geográficas e Ingreso Económico

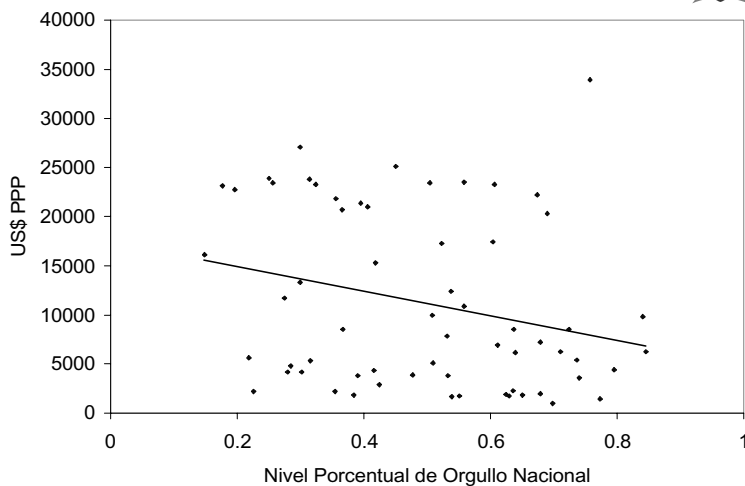


2. Constituciones y Desarrollo Económico



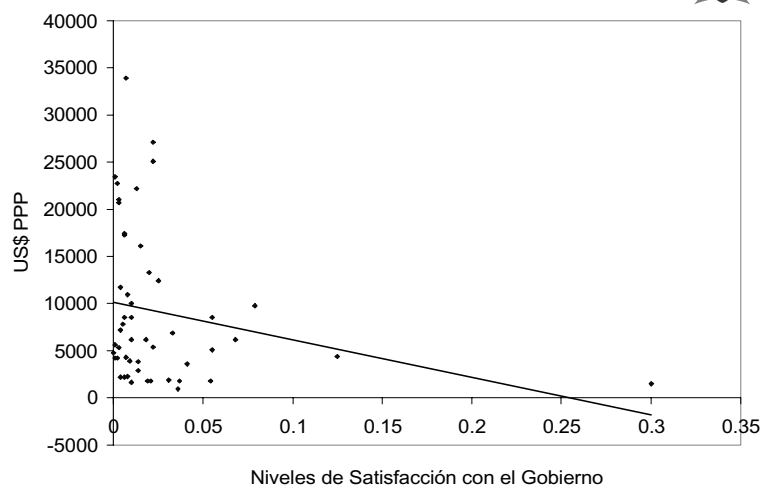


5. Relación entre Orgullo Nacional e Ingreso



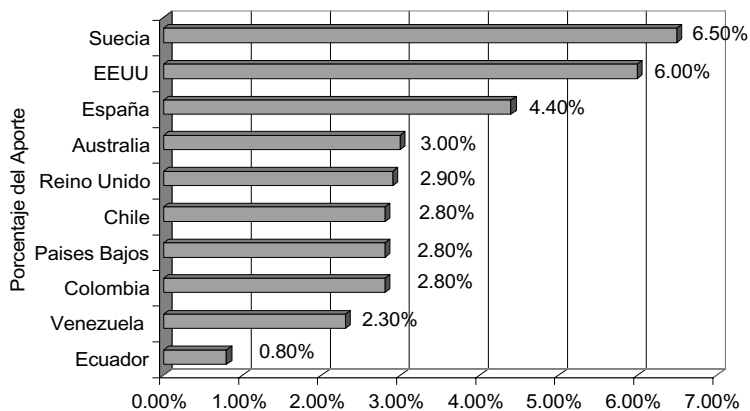
Fuente: World Values Survey - CIA Factbook - Cálculos CEC

6. Relación entre la Satisfacción con el Gobierno y el Ingreso



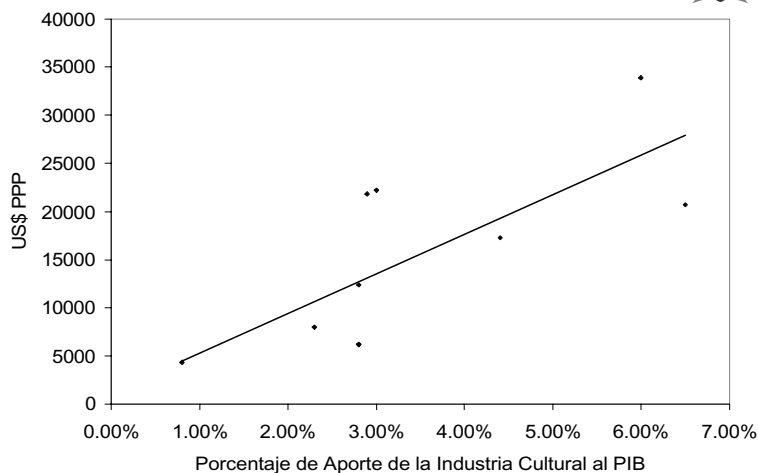
Fuente: World Values Survey - CIA Factbook - Cálculos CEC

7. Aporte de las Industrias Culturales al PIB



Fuente: Convenio Andrés Bello

8. Relación entre Aporte de la Industria Cultural con el Ingreso



Fuente: Convenio Andrés Bello - CIA Factbook

Camilo Herrera nació en Colombia en 1975. Es economista y Magíster en Filosofía de la Universidad Javeriana en Bogotá, Colombia, y ha cursado estudios en negociaciones especiales en la Universidad de Harvard en Boston, Massachusetts. De 1993 a 1995 fue investigador del Banco de la República de Colombia, del Departamento Nacional de Planeación de Colombia, y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Durante ese mismo período fue Profesor Asistente de Microeconomía y Macroeconomía en la Universidad Javeriana. De 1996 a 1997 dirigió las investigaciones económicas de la corporación Fórmulas, y en 1998 fue investigador del Observatorio de Cultura y Economía de la UNESCO. En 2000 fundó y dirigió el Centro de Estudios Culturales para el Desarrollo Político, Económico y Social, en Santa Fe de Bogotá.

Sus libros son, entre otros, *Economía cultural, una aproximación teórica al desarrollo mundial* (Alfaomega, 2001, en edición); *Social Value Added* (Alfaomega, 2000); y *Consumo Cultural en Bogotá* (Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1998).

LA MODERNIZACION, EL CAMBIO CULTURAL Y LA PERSISTENCIA DE LOS VALORES TRADICIONALES

Basado en un artículo de Ronald Inglehart y Wayne. E. Baker

Hasta bien adentrado el siglo XX, muchos concebían la modernización como un proceso propiamente occidental que las sociedades ajenas a Occidente podían lograr sólo en la medida en que abandonaran sus propias culturas tradicionales y asimilaran las costumbres occidentales, con su “superioridad” tecnológica y moral. No obstante, en la segunda mitad del siglo, las sociedades fuera de Occidente superaron, sorpresivamente, a sus modelos occidentales en algunos aspectos esenciales de la modernización. El Asia Oriental, por poner un ejemplo, alcanzó la mayor tasa de crecimiento económico en el mundo. De acuerdo con las tasas oficiales de intercambio monetario, el Japón tuvo el ingreso per cápita más alto de cualquier nación importante en el mundo, se puso a la cabeza del mundo en la industria automovilística y la fabricación de productos electrónicos de consumo,

y alcanzó la esperanza de vida más alta del mundo. Hoy en día, pocos observadores le atribuirían al Occidente ninguna superioridad moral, y ya no se da por sentado que las economías del mundo occidental sean el ejemplo para el mundo entero.

En la actualidad un concepto nuclear de la teoría de la modernización sigue vigente: la industrialización acarrea profundas consecuencias de orden social y cultural, desde un mejor nivel educativo hasta un cambio en el papel de los sexos. La industrialización se percibe como el elemento central dentro de un proceso de modernización que repercute en casi todos los otros aspectos de la sociedad.

Según nuestra teoría, el desarrollo económico trae consecuencias culturales y políticas sistemáticas y hasta cierto punto previsibles. Tales consecuencias no representan leyes históricas inamovibles,

El Dr. Ronald Inglehart dictó la conferencia titulada *Las sociedades latinoamericanas tienen valores culturales propios: ¿cuáles son las implicaciones?* el 21 de febrero de 2002 en el Centro Cultural del BID en Washington, D.C., como parte de una serie sobre “Cultura y Desarrollo” del Programa de Conferencias del Centro Cultural del BID, en colaboración con la OEA. Este ensayo, que es la fuente de la conferencia, contiene extractos de un artículo titulado *La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales*, de los doctores Inglehart y Baker, el cual se publicó originalmente en su integridad en *American Sociological Review* (2000, Vol. 65 [febrero: 19-51]). Se obtuvo permiso para la presente reimpresión.

sino tendencias probabilísticas. No obstante, es alta la probabilidad de que se produzcan ciertos cambios una vez que una sociedad ha emprendido el camino de la industrialización, premisa que exploramos usando datos obtenidos de las Encuestas de Valores Mundiales, que abarcan a 65 sociedades y a más de 75 por ciento de la población mundial. Estas encuestas aportan datos de series temporales, desde su primera ronda en 1981, hasta la más reciente, que acabó en 1998, permitiendo un nuevo y mejor entendimiento de las relaciones entre el desarrollo económico y el cambio político y social.

¿La modernización o la persistencia de valores tradicionales?

En años recientes, las investigaciones y los esquemas teóricos en torno al desarrollo económico han dado origen a dos escuelas ideológicas opuestas. Una de ellas hace hincapié en la convergencia de valores como resultado de la “modernización”, es decir, las abrumadoras fuerzas económicas y políticas que dan ímpetu al cambio cultural. Según esta escuela, los valores tradicionales declinarán y serán reemplazados por valores “modernos”. La otra escuela subraya la *persistencia* de los valores tradicionales a pesar de los cambios económicos y políticos. Esta escuela postula que los valores se mantienen relativamente independientes de las condiciones económicas (DiMaggio 1994). Como resultado, pronostica que la convergencia en torno a un conjunto de valores “modernos” seguirá influyendo de un modo independiente sobre los cambios culturales generados por el desarrollo económico.

En los Estados Unidos de la posgue-

rra, surgió una versión de la teoría de la modernización que estipulaba que el subdesarrollo era consecuencia directa de las características internas de un país: de tener una economía, rasgos psicológicos y culturales e instituciones tradicionales (Cerner 1958; Geiser 1966). Vistos de ese modo, los valores tradicionales no sólo eran mutables, sino también podían —y debían— ser reemplazados por valores modernos, a fin de que esas sociedades pudieran seguir el camino (casi inevitable) del desarrollo capitalista. Los impulsores de ese proceso de desarrollo eran, según se pensaba, las naciones ricas que fomentan la modernización de las naciones “atrasadas” mediante el aporte de ayuda económica, cultural y militar.

Estos argumentos fueron censurados por inculpar a la víctima, puesto que los teóricos de la modernización daban por hecho que las naciones subdesarrolladas tenían que adoptar valores e instituciones “modernas” para llegar a ser sociedades desarrolladas (Bradshaw y Wallace 1996). La teoría de la modernización no sólo fue censurada, sino declarada obsoleta (Wallerstein 1976). La versión de la teoría de la modernización que surgió en la posguerra solía hacer caso omiso de factores externos, tales como el colonialismo, el imperialismo y algunas formas nuevas de dominio económico y político. Los teóricos del neomarxismo y de los distintos sistemas del mundo insistían en el grado en que los países ricos explotaban a los pobres, reduciéndolos a posiciones de impotencia y dependencia estructural (Chase-Dunn 1989; Chirot 1977, 1994; Frank 1966; Wallerstein 1974). El subdesarrollo, según Frank, *se desarrolla*. Esta nueva escuela ideológica transmitió a los países pobres la noción de que la

pobreza no guarda relación ninguna con sus dificultades internas, sino que es culpa del capitalismo a escala mundial.

El argumento central de la teoría de la modernización es que el desarrollo económico está vinculado con cambios coherentes y hasta cierto punto anticipables en la cultura y en la vida social y política. Según pruebas procedentes de varias partes del mundo, el desarrollo económico tiende a empujar a las sociedades en una dirección que es bastante predecible: la industrialización conduce a la especialización ocupacional, a mejores niveles de escolaridad, a mejores ingresos y, a la larga, a cambios imprevistos en el papel propio de cada sexo y en las actitudes hacia las figuras de autoridad y las normas sexuales; a la caída de las tasas de fecundidad; a una mayor participación en la política, y a públicos menos susceptibles de ser manipulados. Ciertas élites que controlan el Estado y las fuerzas militares pueden tratar de frenar estos cambios, pero con el tiempo les cuesta más hacerlo y se incrementan las probabilidades de que se produzcan cambios.¹

La transición de una sociedad preindustrial a una industrial produjo cambios profundos en las experiencias cotidianas de la gente y en su modo de concebir el mundo (Bell 1973; Inglehart 1997; Spier 1996). Según Bell (1976), la vida preindustrial era un “juego contra la naturaleza” en el cual “el concepto individual del mundo se ve condicionado por las vicisitudes de los elementos, es decir, por las estaciones del año, las tormentas, la fertilidad del suelo, la cantidad de agua, la profundidad de las vetas mineras, las sequías y las inundaciones” (p. 147). La industrialización produjo una menor dependencia de la naturaleza, que previa-

mente se concebía en términos de fuerzas inescrutables, caprichosas e incontrastables o de espíritus antropomórficos. Ahora la vida se convertía en un “juego contra la naturaleza fabricada” (Bell 1973:147), un mundo técnico, mecánico, racionalizado y burocrático volcado hacia la dificultad externa de crear y dominar el medio ambiente. A medida que se incrementó el control de éste por el ser humano, el papel de la religión y de Dios se debilitó enormemente. Las ideologías materialistas surgieron junto con las interpretaciones seculares de la historia, y las utopías seculares se lograrían por acción humana con la mediación de organizaciones burocráticas organizadas de un modo racional.

Al parecer, la aparición de la sociedad posindustrial sigue haciendo que evolucionen aún las actuales concepciones del mundo, pero en una dirección distinta. En las sociedades posindustriales la vida gravita en torno a los servicios, de tal modo que se convierte en un “juego entre personas” en el que éstas “viven más y más alejadas de la naturaleza, y menos y menos con máquinas y cosas; viven con, y se encuentran exclusivamente con, los unos y los otros” (Bell 1973:148-49). Es menos el esfuerzo dedicado a fabricar objetos materiales y más el dirigido a transmitir y procesar información. La mayoría de la gente pasa sus horas de productividad en contacto con otras personas y con símbolos. Con creciente frecuencia, su educación formal y experiencia laboral ayudan a la persona a adquirir la capacidad para tomar decisiones autónomas (Bell 1973, 1976). Por consiguiente, la aparición de la sociedad posindustrial lleva a un creciente énfasis en la propia expresión (Inglehart 1997).

Las organizaciones jerárquicas de la era industrial exigían (y permitían) poco el ejercicio del criterio autónomo, mientras que los trabajadores de los diversos servicios y de los distintos campos del saber tratan con personas y conceptos, desenvolviéndose en un mundo donde la innovación y la libertad de cada quien de aplicar su propio criterio resultan esenciales. La capacidad de autoexpresión adquiere carácter central. Por añadidura, la enorme abundancia, sin precedentes en la historia, propia de las sociedades industriales avanzadas, sumada a la aparición del estado benefactor, significa que una proporción cada vez mayor de la población crece dando por sentada la supervivencia. Se produce un desplazamiento de sus valores prioritarios desde un énfasis preponderante en la seguridad económica y física hacia una mayor atención al bienestar subjetivo y a la calidad de la vida (Inglehart 1977, 1997). Por lo tanto, el cambio cultural no es lineal; con el advenimiento de la sociedad posindustrial, se desplaza en una nueva dirección.

Diferentes sociedades siguen distintas trayectorias, aunque estén sujetas a las mismas fuerzas de desarrollo económico, debido en parte a que factores propios de cada situación, tales como la herencia cultural, también moldean el desarrollo de una sociedad particular. Weber ([1904] 1958) sostenía que los valores religiosos tradicionales ejercen una influencia perdurable en las instituciones de una sociedad. Siguiendo los pasos de esta tradición, Huntington (1993, 1996) sostiene que el mundo se divide en ocho grandes civilizaciones o “zonas culturales” con base en diferencias que han perdurado por siglos. Estas

zonas se vieron afectadas por tradiciones religiosas que aun hoy siguen siendo hegemónicas, pese a las fuerzas de la modernización. Las zonas corresponden al cristianismo occidental, al mundo ortodoxo, al mundo islámico y a los territorios confucionistas, japoneses, hindúes, africanos y latinoamericanos.

Las pruebas

Nuestra principal fuente de datos está constituida por las Encuestas de Valores Mundiales, que representan la más extensa investigación que jamás se ha realizado sobre las actitudes, valores y creencias de la gente alrededor del mundo. En este estudio se llevaron a cabo en 1981-1982, 1990-1991, y 1995-1998 tres rondas de encuestas nacionales representativas, abarcando 65 países en los seis continentes poblados y más de 75 por ciento de la población del mundo. Estas sociedades tienen productos nacionales brutos anuales que varían entre \$300 y más de \$30.000, y sus sistemas políticos abarcan todo el espectro desde las democracias estables de larga tradición hasta los estados autoritarios.

Las personas entrevistadas en estas encuestas son, en promedio, unas 1.400 en cada país. Estos datos pueden obtenerse del archivo de encuestas del Consorcio Interuniversitario para la Investigación Política y Social (*Inter-university Consortium for Political and Social Research*, ICPSR) de la Universidad de Michigan.²

Según nuestra tesis, el desarrollo económico está relacionado con un amplio síndrome de orientaciones inconfundibles en la esfera de los valores. Las dos dimensiones más importantes que

afloraron llevaron a examinar centenares de variables y demostraron que las concepciones del mundo de los habitantes de sociedades ricas y pobres difieren entre sí de manera sistemática en toda una gama de normas y creencias políticas, sociales y religiosas. Estos dos aspectos reflejan una polarización entre países cuya orientación en torno a la autoridad es *tradicionalista* por oposición a *secular-racionalista*, y entre los que orientan sus valores hacia la *supervivencia* frente a la *propia expresión*. Cada sociedad puede ubicarse en un mapa de las diversas culturas del mundo sobre la base de estos dos aspectos (Inglehart 1997:81-98).

Todas las sociedades preindustriales acerca de las cuales tenemos información muestran relativamente poca tolerancia por el aborto, el divorcio y la homosexualidad; tienden a resaltar la hegemonía masculina en la vida económica y política, el respeto por la autoridad de los padres y la importancia de la vida familiar, y son relativamente autoritarias; conceden, en su mayor parte, una gran importancia a la religión. Las sociedades industriales avanzadas suelen tener las características contrarias. Demasiado simplista sería sacar la conclusión de que todas las sociedades preindustriales conocidas comparten los mismos rasgos, pero las características culturales de las sociedades industriales y las de la prototípica sociedad preindustrial admiten comparación.

En el cuadro 1 se presentan variables examinadas en la Encuesta de Valores Mundiales (15 de un total de 24). Esta dimensión refleja el contraste entre sociedades donde a la religión se le concede gran importancia y aquéllas donde esto no sucede, pero hay un vínculo es-

trecho entre el respeto por la autoridad de Dios, la patria y la familia.³ La importancia de la familia es un tema relevante. En las sociedades tradicionales, una meta importante en la vida es hacer que los padres se sientan orgullosos; siempre hay que amar y respetar a los padres, independientemente de su conducta. Los padres, por otra parte, tienen que hacer todo lo posible por el bienestar de sus hijos, aun a expensas de su propio bienestar. En las sociedades tradicionales, se idealiza a las familias grandes y las familias que se tienen son grandes (las puntuaciones altas en este sentido muestran una estrecha correlación con altas tasas de fecundidad). No obstante, aunque los habitantes de sociedades tradicionales tienen un gran orgullo nacional, son partidarios de un mayor respeto por la autoridad, asumen actitudes proteccionistas hacia el comercio exterior y estiman que los problemas ambientales se pueden resolver sin acuerdos internacionales, por otra parte se someten pasivamente a la autoridad nacional y muy raras veces o nunca debaten sobre política. En las sociedades preindustriales, la función de la familia en la supervivencia es decisiva. Por consiguiente, las sociedades que se sitúan en el extremo tradicionalista de esta dimensión desaprueban del divorcio y se oponen al aborto, a la eutanasia y al suicidio. Son partidarias del conformismo social por oposición a las iniciativas individualistas, apoyan el consenso en lugar del debate político abierto, defienden el respeto por la autoridad y tienen un intenso orgullo nacional y una actitud nacionalista. Las sociedades cuyos valores son seculares y racionalistas muestran preferencias muy contrarias a las anteriores en todos estos ámbitos.

Cuadro 1. Correlación entre algunos rubros adicionales y la dimensión que corresponde a los valores tradicionales, por oposición a los seculares y racionalistas	
Rubro	Correlación
EN LOS VALORES TRADICIONALISTAS PRIMAN LOS SIGUIENTES ASPECTOS:	
La religión es un aspecto muy importante de la vida del entrevistado.	0,89
Una de las principales metas en la vida del entrevistado ha sido lograr que sus padres se sientan orgullosos.	0,81
El entrevistado va a la iglesia con regularidad.	0,75
La eutanasia nunca se justifica.	0,66
Debería imponerse un límite más estricto a la venta de bienes extranjeros en este territorio.	0,63
El deber de los padres es hacer todo lo posible por el bienestar de sus hijos, aun a expensas de su propio bienestar.	0,60
El entrevistado raras veces o nunca habla de temas políticos.	0,57
El divorcio nunca se justifica.	0,57
Las normas acerca del bien y del mal son absolutamente claras.	0,56
Es más importante, in lugar a dudas, expresar las preferencias personales que entender las preferencias ajenas.	0,56
Los problemas ambientales de mi país pueden resolverse sin necesidad de entrar en acuerdos internacionales para manejarlos.	0,56
Si una mujer gana más dinero que su marido, habrá un conflicto casi con seguridad.	0,53
La familia es muy importante en la vida del encuestado.	0,45
El entrevistado se inclina bastante a favor de que el ejército gobierne el país.	0,43
El entrevistado está a favor de tener muchos hijos.	0,41
(EN EL CASO DE LOS VALORES SECULARES Y RACIONALISTAS PRIMA TODO LO CONTRARIO)	
<i>Fuente:</i> Datos nacionales de 65 sociedades investigadas mediante las Encuestas de Valores Mundiales de 1990-1991 y 1995-1998.	

Cuadro 2. Correlación entre algunos rubros adicionales y la dimensión que corresponde a valores centrados en la supervivencia y la propia expresión	
Rubro	Correlación
EN LOS VALORES RELACIONADOS CON LA SUPERVIVENCIA PRIMAN LOS SIGUIENTES ASPECTOS:	
Los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres.	.86
Una mujer tiene que tener hijos para sentirse realizada.	.83
Al entrevistado le disgusta tener vecinos extranjeros, homosexuales o con SIDA	.81
El entrevistado no ha reciclado cosas para proteger el medio ambiente.	.78
Cuando se busca trabajo, tener un buen ingreso y seguridad laboral es más importante que sentir satisfacción con la labor y trabajar con personas que a uno le agradan.	.74
Cuando escasea el trabajo, los hombres tienen más derecho que las mujeres a ocupar un puesto.	.69
Los gobiernos deben asumir una mayor responsabilidad en la tarea de asegurarse de que todo el mundo reciba lo que necesita.	.68
Una educación universitaria es más importante en un varón que en una mujer.	.67
Una de las cosas más importantes que se le pueden enseñar a un niño es a ser muy trabajador.	.65
Enseñarle a un niño a usar la imaginación <i>no</i> es de lo más importante.	.62
El recreo no es muy importante en la vida.	.60
El gobierno debe ser propietario de una mayor fracción de los negocios e industrias.	.55
La democracia no es necesariamente la mejor forma de gobierno.	.45
(EN LOS VALORES RELACIONADOS CON LA AUTOEXPRESION PRIMA TODO LO CONTRARIO)	
<i>Fuente:</i> Datos nacionales procedentes de 65 sociedades encuestadas en las Encuestas de Valores Mundiales de 1990-1991 y 1995-1998.	

El cuadro 2 ilustra la amplia gama de valores vinculados con la dimensión correspondiente a la supervivencia y la propia expresión. En sociedades cuyos valores gravitan en torno a la supervivencia hay relativamente poco bienestar subjetivo, se notifica una situación de salud bastante pobre, hay poca confianza en el prójimo, se tiene relativamente poca tolerancia con grupos poco afines, se da escaso apoyo a la igualdad de los sexos, se resaltan los valores materialistas, se tiene bastante fe en la ciencia y la tecnología, se practica poco activismo proambiental, y se suele estar más bien a favor de un gobierno autoritario. Las sociedades que fomentan los valores relacionados con la propia expresión tienden a mostrar las preferencias opuestas en estos aspectos.

Cuando la supervivencia se ve amenazada, la diversidad cultural adquiere un aspecto ominoso. Cuando “lo que hay no alcanza para todos”, a los extranjeros se les ve como intrusos peligrosos que podrían privarlo a uno de sus fuentes de sustento. La gente, en un afán por lograr un máximo de pronosticabilidad frente a la incertidumbre, se aferra a los papeles tradicionales de cada sexo y a las normas sexuales tradicionales, a la vez que otorga más importancia a las reglas absolutistas y a las normas que conoce. En cambio, cuando la supervivencia se da por sentada, la diversidad étnica y cultural cobra mayor aceptabilidad, de tal manera que, pasado cierto umbral, la diversidad no sólo se tolera, sino que adquiere un valor positivo porque resulta interesante y estimulante. En sociedades industrializadas avanzadas, la gente va a restaurantes de comida extranjera a saborear nuevas cocinas; paga buen dinero y recorre largas distancias para conocer

culturas exóticas. Ya no percibe como una amenaza un cambio en el papel de los sexos ni en las normas de orden sexual.

Mapa cultural del mundo, 1995-1998

La figura 1 muestra la ubicación de 65 sociedades en dos dimensiones. El eje vertical en nuestro mapa cultural del mundo representa la polarización entre la autoridad tradicional por un lado, y la autoridad secular y racional que se asocia con la industrialización por el otro. El eje horizontal ilustra la polarización entre los valores centrados en la supervivencia y la propia expresión, fenómeno que se presenció cuando surgió la sociedad posindustrial.⁴

La variación transcultural se ve muy restringida. Si en una sociedad la gente es muy aficionada a la religión, se puede predecir la postura relativa de esa sociedad en torno a muchas otras variables, desde la actitud frente al aborto, el grado de orgullo nacional (las naciones muy religiosas lo tienen muy marcado) y la deseabilidad de un mayor respeto por la autoridad (las naciones religiosas valoran mucho más este respeto), hasta las actitudes en torno a la crianza de los hijos. La dimensión relacionada con la supervivencia y la propia expresión refleja otro gran conjunto de variables que se correlacionan estrechamente entre sí y que gravitan en torno a valores materialistas (tales como el mantenimiento del orden público y la lucha contra la inflación) por oposición a valores posmaterialistas (como la libertad y la propia expresión), el bienestar subjetivo, la confianza entre personas, el activismo político y la tolerancia de grupos con rasgos ajenos

(medida por la aceptación o el rechazo de la homosexualidad, que es un indicador sumamente sensible de la tolerancia por tales grupos).

El desarrollo económico parece ejercer una fuerte influencia sobre los valores culturales. Los sistemas de valores de los países ricos suelen diferir de los de los países pobres. La figura 1 muestra un gradiente que va desde los países de bajos ingresos en el cuadrante inferior izquierdo, hasta las sociedades ricas en el cuadrante superior derecho. La figura 2 es una reconstitución de la figura 1 con las áreas económicas donde se ubican es-

tas 65 sociedades. Las 19 sociedades que tienen un producto nacional bruto anual per cápita mayor de \$15.000 sobresalen en ambas dimensiones y ocupan parte de la esquina superior derecha. Esta zona económica cruza las fronteras de los territorios protestante, excomunista, confucionista, católico y angloparlante. Todas las sociedades cuyo PNB per cápita es menor de \$2.000 se ubican en un conglomerado en la parte inferior izquierda de la figura 2, en una zona económica que cruza las fronteras africana, sudasiática y del mundo excomunista y ortodoxo. Las demás sociedades quedan en

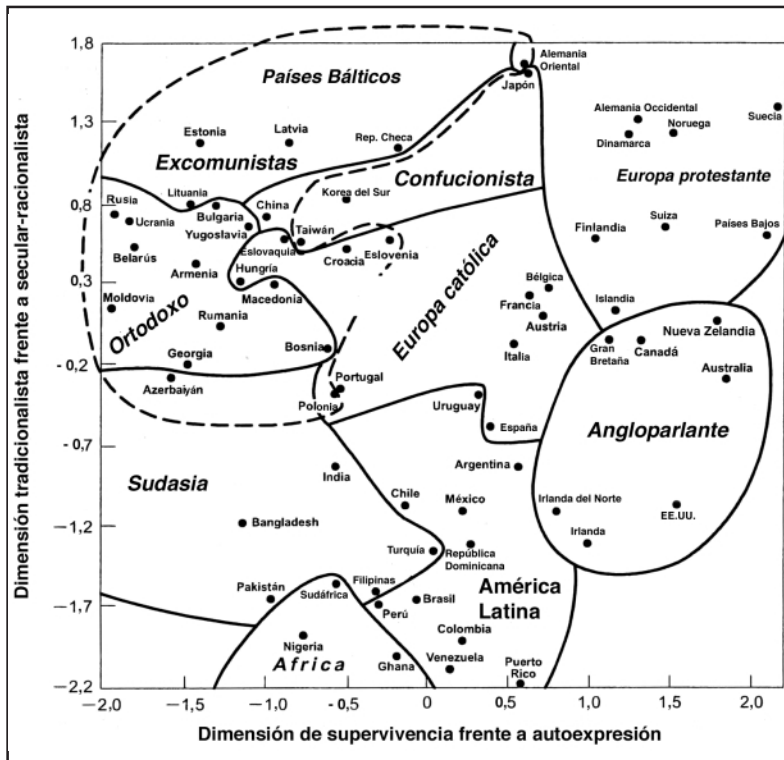


Figure 1. Ubicación de 65 sociedades en dos dimensiones que ilustran la variación transcultural:
Encuestas de Valores Mundiales, 1990-1991 y 1995-1998

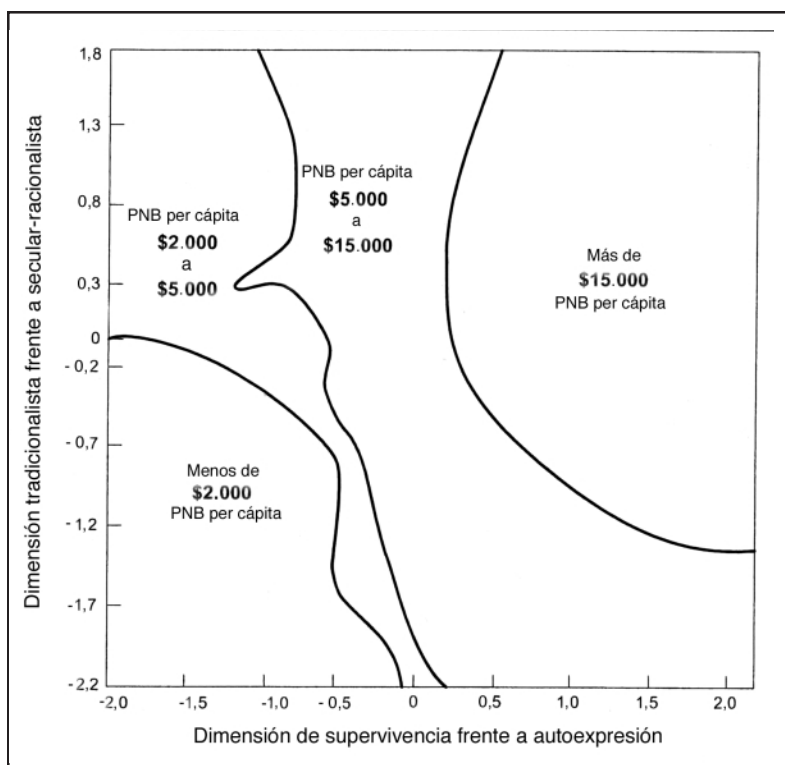


Figura 2. Zonas económicas de 65 sociedades, superimpuestas en dos dimensiones representativas de la variación transcultural

dos zonas culturales y económicas intermedias. El desarrollo económico parece impulsar a las sociedades en una misma dirección, al margen de su patrimonio cultural. No obstante, dos siglos después de iniciada la revolución industrial sigue habiendo zonas con rasgos culturales distintivos.

El PNB per cápita es solamente uno de los indicadores del grado de desarrollo económico de un país. La aparición de la clase obrera industrial, como sostenía Marx, fue un acontecimiento clave en la historia moderna. Por añadidura, la

índole cambiante de la fuerza de trabajo define tres etapas bien delimitadas del desarrollo económico: la sociedad agraria, la sociedad industrial y la sociedad posindustrial (Bell 1973, 1976). Por consiguiente, a las sociedades de la figura 1 se les podría sobreponer otra serie de fronteras: las sociedades donde un alto porcentaje de la fuerza de trabajo se dedica a la agricultura quedarían cerca de la parte inferior del mapa, las sociedades con un elevado porcentaje de obreros industriales quedarían cerca de la parte superior, y las sociedades con un alto por-

centaje de trabajadores en el sector de los servicios se ubicarían cerca de la derecha.

Las tradiciones religiosas han tenido un impacto perdurable en los sistemas de valores contemporáneos de 65 sociedades, como han señalado Weber, Huntington y otros expertos. No obstante, la cultura de una sociedad es un reflejo de toda su herencia histórica. El apogeo y la desaparición de un imperio comunista que llegó a dominar a una tercera parte de la población del mundo fueron acontecimientos trascendentales en la historia del siglo XX. El comunismo dejó una profunda huella en los sistemas de valores de quienes vivieron bajo su influencia. Alemania Oriental sigue teniendo afinidad cultural con Alemania Occidental, aun después de cuatro decenios de gobierno comunista, pero su sistema de valores ha gravitado más hacia la esfera comunista. Y pese a que la China está en la zona donde se practica el confucionismo, también se sitúa en una extensa zona de influencia comunista. Asimismo, Azerbaiyán, aunque forma parte del conjunto de países islámicos, también queda dentro de la superzona comunista que lo dominó por varios decenios.

En la presencia de una zona cultural latinoamericana se pone de manifiesto la influencia de vínculos coloniales. Estos antiguos vínculos también explican en cierta medida la existencia de una zona angloparlante. Las siete sociedades de habla inglesa que se incluyeron en el presente estudio muestran características culturales bastante similares. En términos geográficos, están en lados opuestos del globo terráqueo, pero en lo cultural, Australia y Nueva Zelanda son vecinos cercanos de Gran Bretaña y Canadá. La influencia de la colonización parece co-

brar más fuerza aún cuando la robustece una cuantiosa inmigración de la sociedad colonial. De ahí que España, Italia, Uruguay y Argentina se encuentren muy cercanos entre sí en el límite entre la Europa católica y América Latina: las poblaciones de Uruguay y Argentina descenden principalmente de inmigrantes de España e Italia. Asimismo, Rice y Feldman (1997) perciben correlaciones estrechas entre los valores cívicos de varios grupos étnicos en los Estados Unidos y los valores predominantes en sus países de origen apenas dos o tres generaciones después del traslado de la familia a este país.

Como se ilustra en la figura 1, Estados Unidos no es un prototipo de la modernización cultural que sirva de ejemplo para otras sociedades, como dieron por sentado ingenuamente algunos escritores de posguerra que se pronunciaron acerca de la modernización. De hecho, Estados Unidos representa una aberración, puesto que su sistema de valores es mucho más tradicionalista que el de cualquier otra sociedad industrial avanzada. En lo que respecta a la tradición frente a lo secular y racional, Estados Unidos está muy por debajo de otras sociedades, habida cuenta de que la religiosidad de sus gentes y su orgullo nacional se acercan más a los que suele haber en sociedades en desarrollo. Este fenómeno, según el cual Estados Unidos representa una excepción, ha sido examinado por Lipset (1990, 1996), Baker (1999) y otros expertos, y nuestros resultados respaldan su argumento. Estados Unidos se encuentra indudablemente entre las sociedades más avanzadas en cuanto a supervivencia y autoexpresión, pero incluso en estas áreas no está a la cabeza del mundo, puesto que los suecos y los holandeses están más a la

vanguardia del cambio cultural que los estadounidenses.

Aunque cada sociedad ha sido colocada en la figura 1 de un modo objetivo, apoyado en un análisis factorial de los resultados de encuestas en cada país, las fronteras que delimitan a estas sociedades son subjetivas y se basan en la división del mundo por zonas culturales propuesta por Huntington (1993, 1996). ¿Cuán “auténticas” son estas zonas?

La realidad es compleja: Gran Bretaña es protestante y angloparlante y su posición empírica refleja ambos aspectos de la realidad. Asimismo, hemos rodeado de una frontera a las sociedades latinoamericanas que, en opinión de Huntington, constituían una zona cultural distintiva. Estas diez sociedades en conjunto poseen, en general, valores similares, pero con apenas unas cuantas modificaciones habríamos podido definir una zona cultural hispana que abarcara a España y Portugal, países que empíricamente también se asemejan a las sociedades latinoamericanas, o bien habríamos podido trazar una frontera delimitando a América Latina, la Europa católica, las Filipinas e Irlanda dentro de una gran zona cultural de influencia católica apostólica romana. Todas estas zonas son empíricamente concebibles y justificables.

Cuando los conglomerados de la figura 1 se combinan, formando zonas culturales más extensas con muestras de gran tamaño, se generan variables con un mayor poder explicativo. La figura 3 ilustra el hecho de que las sociedades católicas de Europa Oriental constituyen un conglomerado distintivo dentro del mundo católico, a mitad de camino entre las sociedades católicas de Europa Occidental y las sociedades de religión ortodoxa

(en la figura 1 se juntan estos dos conglomerados occidental y oriental en una sola zona constituida por la Europa católica). El conglomerado latinoamericano ocupa un lugar adyacente a los dos grupos católicos, de tal manera que podemos integrar estos tres grupos y formar una “superzona” católica apostólica romana. Otras dos sociedades de tradición católica, las Filipinas e Irlanda, son también cercanas y por lo tanto pueden integrarse a la zona católica. De igual manera, la Europa protestante y la mayor parte de la zona angloparlante pueden combinarse en una sola zona más extensa de tradición protestante. Cada una de estas dos zonas nuevas abarca un espectro geográfico, histórico y económico vasto, mientras que cada una refleja el impacto de una sola influencia histórico-religiosa, siendo a la vez una entidad relativamente coherente en términos generales.

Para ilustrar la coherencia de estos conglomerados, examinamos una de las principales variables descritas en las obras que versan sobre las diferencias transculturales: la confianza en los demás (componente de la dimensión que corresponde a la supervivencia y la propia expresión). Coleman (1990), Almond y Verba (1963), Putnam (1993) y Fukuyama (1995) sostienen que tener confianza en el prójimo es imprescindible si se han de erigir las estructuras sociales que sustentan a una democracia y las complejas organizaciones sociales que sirven de base para empresas económicas a gran escala. Como indica la figura 4, la mayor parte de las sociedades de tradición protestante superan a casi todas las sociedades católicas en cuanto al grado de confianza en los demás. Este fenómeno se observa aun cuando se controla el efecto del gra-

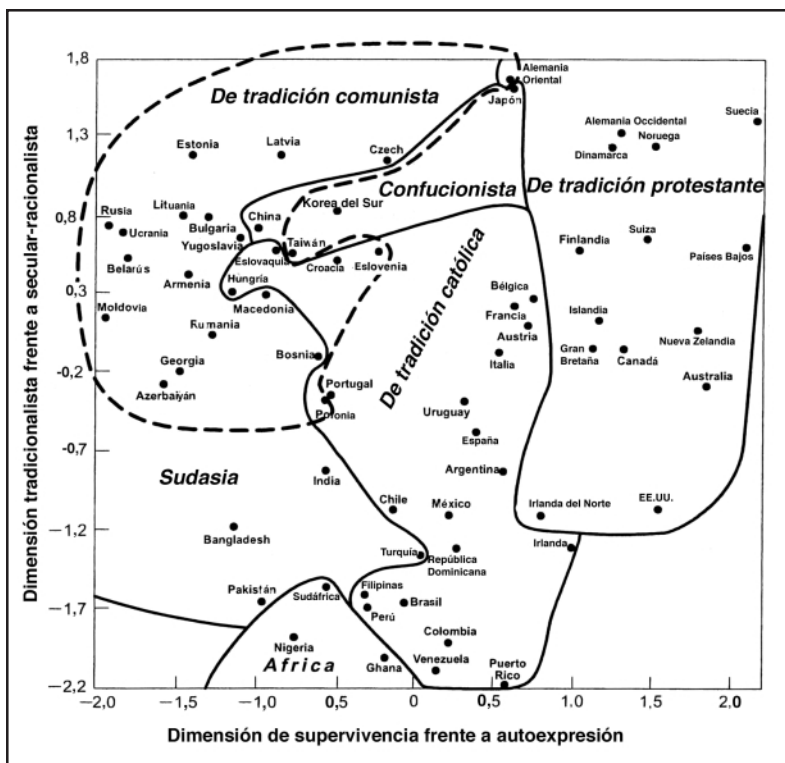


Figura 3. Zonas culturales de tradición protestante, católica y comunista ubicadas en dos dimensiones que representan la variación transcultural

do de desarrollo económico. La confianza en el prójimo muestra una correlación significativa con el producto interno bruto (PIB) per cápita ($r = 0,60$), pero aun las sociedades católicas ricas se encuentran por debajo de las sociedades protestantes con un grado de prosperidad similar. El tener como antecedente un régimen comunista también repercute en la confianza en los demás, de tal manera que casi todas las sociedades del antiguo mundo comunista ocupan un lugar bastante inferior en este sentido (letra cursiva en la figura 4); por lo tanto, en las socie-

dades de tradición protestante que habían tenido un gobierno comunista (p. ej., Alemania Oriental y Latvia) el grado de confianza en los demás es relativamente bajo. De las 19 sociedades donde más de 35 por ciento del público estima que la mayoría de las personas son dignas de confianza, 14 son protestantes por tradición, tres son confucionistas, una (la India) es predominantemente hindú y solamente una (Irlanda) es de tradición católica. De las diez sociedades que en la figura 4 ocupan el lugar más bajo en cuanto a la confianza en los demás, ocho son de tradición católica y nin-

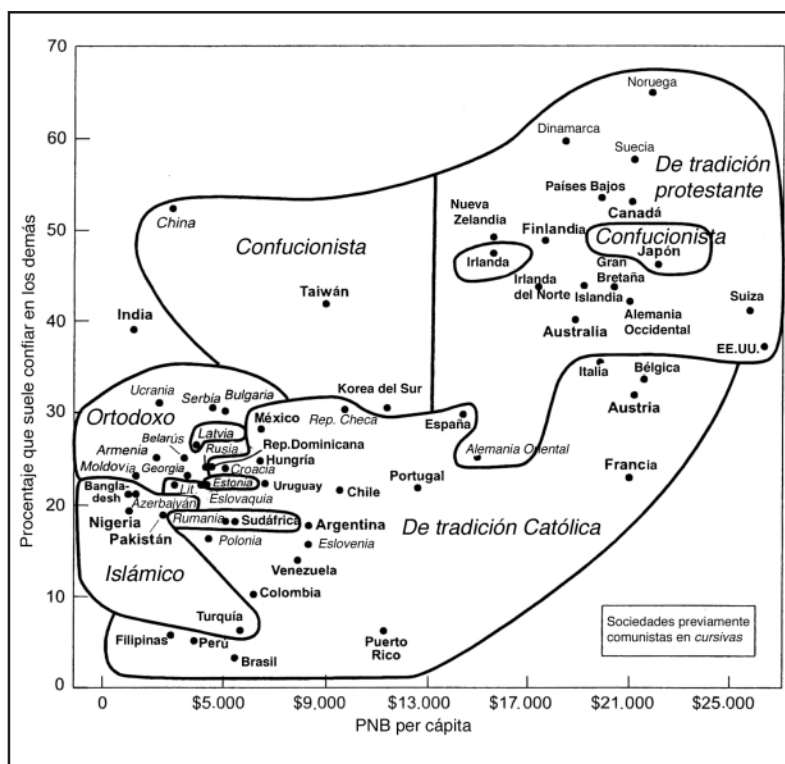


Figura 4. Lugar que ocupan 65 sociedades en las dimensiones que corresponden a la confianza en el prójimo y al desarrollo económico, según su tradición cultural y religiosa

guna es protestante.

Estos resultados son un indicio de que las diferencias transculturales de carácter religioso, una vez que se han implantado, se han convertido en parte de una cultura nacional transmitida por las instituciones educativas y por los medios de comunicación de determinadas sociedades a sus habitantes. Pese a la llamada “globalización”, la nación sigue siendo una unidad clave donde se comparte una misma experiencia y donde las instituciones educativas y culturales moldean los valores de casi todo el mundo en la sociedad.

La persistencia de sistemas de valores distintivos es indicio de que la cultura se ve marcada por una trayectoria. Las instituciones religiosas protestantes dieron origen a la ética propiamente protestante, que se caracteriza por grados relativamente altos de confianza en el prójimo y de pluralismo social, rasgos que quizá han contribuido al desarrollo económico más precoz de los países protestantes en comparación con el resto del mundo. Más tarde, la relativa prosperidad de las sociedades protestantes (incluso hoy en día) probablemente las ha moldeado de

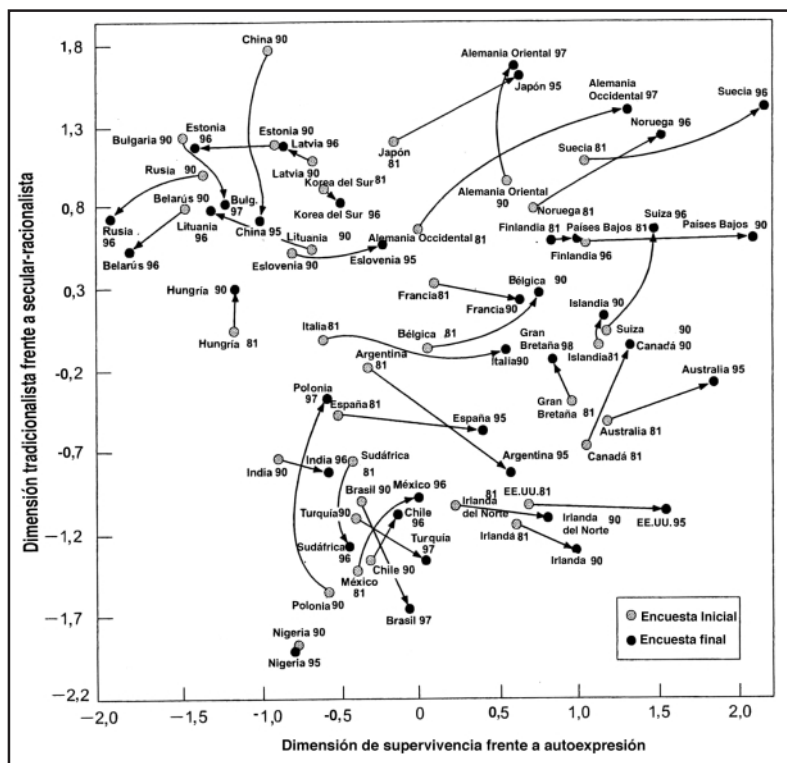


Figura 5. Cambios observados a lo largo del tiempo en la ubicación de 38 sociedades en dos dimensiones que corresponden a la variación transcultural

maneras muy concretas. Pese a haber presenciado acelerados cambios sociales y culturales, las sociedades de tradición protestante y católica (además de las confucionistas, islámicas, ortodoxas, etc.) siguen teniendo rasgos distintivos muy marcados.

Cambios de valores a lo largo del tiempo

Hemos demostrado que la variación cultural entre países se asocia estrechamente con el grado de desarrollo económico

y con el legado cultural de una sociedad. ¿Se trata simplemente de patrones observados transversalmente, es decir, en un momento dado? La respuesta definitiva sólo pueden darla datos obtenidos mediante series temporales. Las Encuestas de Valores Mundiales ofrecen datos de este tipo para el período relativamente corto entre 1981 y 1998.

Para cada una de las 38 sociedades de cuyos datos disponemos para un mínimo de dos momentos diferentes, la figura 5 ilustra cómo han cambiado los valores durante los años comprendidos en nues-

tras encuestas. Por ejemplo, la flecha que señala a Alemania Occidental, situada en la parte superior derecha de la figura 5, presenta los cambios de valores en el público de ese país de 1981 a 1997. Para Alemania Oriental solamente hay datos obtenidos mediante las encuestas de 1990 y 1997, y una flecha un poco más corta muestra la trayectoria que ha seguido el cambio de valores en lo que anteriormente fue Alemania Oriental y que hoy en día forma parte de la República Federal de Alemania. Ambas partes de Alemania sufrieron cambios de valores muy marcados, moviéndose hacia arriba y hacia la derecha en el mapa, en la dirección de valores más enfocados en lo secular y racional y en la propia expresión. Muchos países en la figura 5 muestran un cambio de valores de este tipo entre 1981 y 1997.

Algunas sociedades (p. ej., Rusia y Belarús) han mostrado un movimiento retrógrado, habiendo descendido y gravitado hacia la izquierda. Con el colapso de los sistemas económicos, sociales y políticos de la Unión Soviética en 1990-1991, los habitantes de todos los estados que sucedieron a la antigua Unión se volvieron hacia valores centrados en la supervivencia y, en algunos casos, también hacia valores tradicionales.

El patrón subyacente que explica estos cambios no se produjo fortuitamente. Nuestro postulado es que el desarrollo económico fomenta valores seculares que gravitan en torno a la supervivencia, mientras que el colapso económico impulsa a la sociedad en la dirección contraria. De ahí que la mayor parte de las sociedades que se han movido en sentido retrógrado hayan sido comunistas y estén reaccionando frente al colapso de sus sistemas económicos, sociales y polí-

ticos. En las sociedades industriales avanzadas se observan dos tendencias opuestas: las instituciones religiosas establecidas están perdiendo la lealtad de sus fieles, pero en el plano individual se advierte un interés cada vez más intenso en todo lo espiritual.

Las sociedades que anteriormente fueron comunistas se dividen en dos grupos: las que sufrieron un colapso económico y social y las que lograron una buena transición hacia economías de mercado. Todos los estados sucesores de la antigua Unión Soviética quedan en el primer grupo.

La tendencia a adoptar valores modernos no es irreversible. Aunque dicha tendencia parece ser la más común en sociedades industrializadas, la combinación de un colapso económico, social y político que afectó a la antigua Unión Soviética en los años ochenta y noventa del siglo pasado claramente revirtió esa tendencia, puesto que trajo consigo más desdicha, desconfianza, rechazo de grupos con rasgos ajenos, xenofobia y nacionalismo autoritario.⁵

Las ocho sociedades en desarrollo y de escasos recursos sobre las cuales disponemos de datos obtenidos mediante series temporales muestran dos tendencias invariables: son pocos los indicios de secularización; solamente dos de las ocho sociedades gravitaron hacia el polo secular y racional (Chile y México); Argentina, Brasil, la India, Nigeria, África del Sur y Turquía no han mostrado un cambio de tendencia. No obstante, la mayor parte de estas sociedades sí manifiestan algún movimiento, alejándose de los valores centrados en la supervivencia para acercarse a los que resaltan la propia expresión. Nigeria y África del Sur son las únicas excepciones.

La persistencia de las creencias religiosas y espirituales

A medida que una sociedad abandona una economía agraria y gravita más hacia una economía industrial, con lo cual la supervivencia se empieza a dar por sentada, las creencias religiosas tradicionales suelen declinar. Sin embargo, en los albores del siglo XXI, las divisiones de orden religioso permanecen incólumes. ¿Por qué desaparece con tanta lentitud la religión?

Son varios los motivos. Por ejemplo, si bien es cierto que una mayor seguridad en el plano existencial parece despojar a la fe religiosa del lugar central que normalmente ocupa, también ocurre lo contrario, de tal modo que la historia ha dado un vuelco irónico. La industrialización al estilo comunista favoreció la secularización muy particularmente, pero el colapso del comunismo ha llevado a una inseguridad diseminada y a un retorno a las creencias religiosas. En 1990, cuando Rusia estaba dominada por el partido comunista, que ya tambaleaba pero que seguía siendo el dominante, 56 por ciento de los rusos se declaraban a sí mismos religiosos. En 1995, cuando los sistemas soviéticos políticos, económicos y sociales se habían derrumbado, 64 por ciento de los rusos se describían a sí mismos como religiosos. Esta cifra no sólo supera con mucho a la anterior, sino que supera el promedio observado en sociedades industriales avanzadas.

El deterioro de los valores religiosos tradicionales es un fenómeno característico de la industrialización, pero no necesariamente de la etapa posindustrial. La necesidad de sentir seguridad no es el único atractivo de la religión. Los seres

humanos siempre han querido saber la respuesta a interrogantes como las siguientes: ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Por qué existimos? La necesidad de saber las respuestas se siente con más agudeza cuando se enfrenta una calamidad, pero no desaparece en la sociedad posindustrial. Es probable que lo espiritual siempre forme parte de la perspectiva humana. Hoy en día, las religiones establecidas tienen quizá un enfoque equivocado a ojos de la mayoría de los habitantes de sociedades posindustriales, pero hay un surgimiento de nuevos esquemas teológicos, tales como la “teología” enfocada en la defensa del medio ambiente o las creencias propias de la Nueva Era, que están ocupando un nicho cada vez mayor (Baker 1999). Con el advenimiento de la sociedad posindustrial, la lealtad a las instituciones religiosas establecidas sigue menguando, pero no así la inquietud por lo espiritual. Wuthnow (1998) sostiene, por poner un ejemplo, que el deterioro de la religión organizada en Estados Unidos se acompaña de un interés más notable por lo espiritual, una transición de lo que él denomina una “espiritualidad de morada” (con un énfasis en los lugares sagrados) a una “espiritualidad de búsqueda” (que se centra en una exploración personal de nuevos senderos espirituales). La tesis de Wuthnow parece sostenerse fuera del ámbito estadounidense. Los posmaterialistas sienten menos apego que los materialistas por las formas tradicionales de la religión, pero son más propensos que éstos a cavilar sobre el significado y la finalidad de la existencia. Y en las tres series sucesivas de Encuestas de Valores Mundiales, la inquietud por el significado y el propósito de la existencia cobró

fuerza en la mayor parte de las sociedades industriales.

Conclusión

Según las pruebas obtenidas de las Encuestas de Valores Mundiales, se ha producido un cambio cultural generalizado y los valores tradicionales distintivos perduran. El desarrollo económico se asocia con cambios culturales profundos y hasta cierto punto anticipables. La industrialización fomenta una transición de los valores tradicionales hacia valores de carácter secular y racional, mientras que la aparición de la sociedad posindustrial trae consigo una transición hacia mayor confianza, tolerancia y bienestar y hacia valores posmaterialistas. El colapso económico tiende a impulsar a las sociedades en la dirección contraria. Si continúa el desarrollo económico, es de esperar que la religión institucionalizada siga declinando. No obstante, es poco probable que desaparezca la influencia de los sistemas de valores tradicionales, dado que las creencias religiosas muestran gran durabilidad y resistencia. Las pruebas empíricas obtenidas de 65 sociedades demuestran que los valores pueden cambiar y que de hecho cambian, pero también que no dejan de ser un reflejo del legado cultural de una sociedad.

Los teóricos de la modernización tienen cierta razón. El advenimiento de la sociedad industrial guarda relación con transiciones culturales coherentes que representan un alejamiento de los sistemas de valores tradicionales, y el de la sociedad posindustrial se asocia con un alejamiento de las normas y valores absolutistas y un acercamiento a la defensa de valores posindustriales que propug-

nan mayor racionalidad, tolerancia y confianza. Pero los valores parecen verse determinados por una trayectoria. El tener como antecedente histórico una tradición protestante u ortodoxa, islámica o confucionista origina zonas culturales con sistemas de valores distintivos que perduran aun después de controlarse los efectos del desarrollo económico. Este último tiende a impulsar a las sociedades en una misma dirección, pero éstas, en lugar de convergir, parecen seguir trayectorias paralelas determinadas por sus respectivos legados culturales. Es dudoso que las fuerzas de la modernización generen una cultura mundial homogeneizada en el futuro cercano.

El desarrollo económico se asocia con grandes cambios en los valores y creencias predominantes: la visión del mundo propia de las sociedades ricas es radicalmente distinta de la de las sociedades pobres, lo cual no necesariamente implica que coincidan en lo cultural, pero sí señala el rumbo general que seguirán los cambios culturales y (tratándose de un proceso basado en el reemplazo de la población por múltiples generaciones) hasta nos da una idea de la velocidad con que cabe esperar que estos cambios se produzcan.

NOTAS

1. Es un hecho paradójico que la modernización pueda fortalecer los valores tradicionales. Las clases más adineradas en las naciones subdesarrolladas que tratan de llevar a una población a abrazar cambios sociales a menudo se valen de argumentos arraigados en la cultura tradicional, como ocurrió en la Restauración Meiji del Japón. En época más reciente, grupos reformistas radicales en Algeria usaron el Islam para lograr el apoyo del campesinado, con el resultado no intencionado de que se fortalecieron los valores religiosos tradicionales de corte fundamentalista (Stokes y Marshall 1981). Por consiguiente, la identidad cultural se puede utilizar para promover los intereses de un solo grupo (Bernstein 1997) y puede, a la vez, fortalecer la diversidad cultural. Por lo general, “a medida que se intensifica la integración mundial, las corrientes del multiculturalismo circulan con más rapidez. En estas condiciones, en que hay una yuxtaposición de fuerzas de trabajo y comunidades con rasgos étnicos distintivos, la política de la identidad tiende a sustituir a las políticas cívicas (universalistas) de carácter nacionalista” (McMichael 1996:42).
2. Si desea obtener más información acerca de estas encuestas, consulte el sitio internetico de la Encuesta de Valores Mundiales: <http://wvs.isr.umich.edu>
3. En estas sociedades se advierte una enorme variación. En Pakistán, 90 por ciento de la población declara que Dios es sumamente importante en su vida, y en una escala de 10 puntos, eligen el valor 10; tanto en Brasil como en Nigeria, 87 por ciento eligen este valor extremo en la escala; en Alemania Oriental y Japón, en cambio, solamente seis y cinco por ciento, respectivamente, adoptan esta postura.
4. Este mapa cultural coincide con otro anterior elaborado por Inglehart (1997:334-37), el cual se basó en las Encuestas de Valores Mundiales de 1990-1991. Aunque nuestra figura 1 se basa en un análisis factorial en el que se usa la mitad de las variables que usó Inglehart (1997) y se agregan 22 sociedades que no se incluyeron en el mapa más antiguo, la tendencia general es muy similar a la indicada en los mapas culturales de Inglehart (1997, capítulos 3 y 11). Estas semejanzas ilustran la robustez de las dos dimensiones clave de la variación transcultural. Las mismas zonas culturales generales aparecen en la misma ubicación básicamente, aunque hoy en día algunas zonas se componen de muchas sociedades más.
5. Las direcciones divergentes que han seguido en años recientes distintos tipos de sociedades demuestran que estos cambios culturales no son principalmente el resultado de la aparición de una red de comunicaciones de alcance mundial. La mayor parte de las sociedades que anteriormente eran comunistas se han visto expuestas a las películas y a la televisión del mundo occidental, a la Internet y a una cultura popular mundial que viste vaqueros, bebe Coca-Cola y escucha música rock. No obs-

tante, sus valores básicos subyacentes han ido gravitando en dirección contraria a la que han seguido otras sociedades industriales. Aunque es importante el surgimiento de una red mundial de comunicaciones, más decisivo aun como factor que influye sobre el cambio cultural es si la gente siente que su ambiente sociocultural cotidiano es seguro. La seguridad ha estado notablemente ausente de la antigua URSS en el último decenio.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

- Almond, Gabriel y Sidney Verba. 1963. *The Civic Culture*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Baker, Kendall, Russell Dalton y Kai Hildebrandt. 1981. *Germany Transformed*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Bell, Daniel. 1973. *The Coming of Post-Industrial Society*. New York: Basic Books.
- _____. 1976. *The Cultural Contradictions of Capitalism*. New York: Basic Books.
- Bernstein, Mary. 1997. "Celebration and Suppression: The Strategic Uses of Identity by the Lesbian and Gay Movement." *American Journal of Sociology* 103:531-65.
- Bradshaw, York W. y Michael Wallace. 1996. *Global Inequalities*. Thousand Oaks, CA: Pine Forge.
- Chase-Dunn, Christopher. 1989. *Global Formations: Structures of the World-Economy*. Cambridge, England: B. Blackwell.
- Chiot, Daniel. 1977. *Social Change in the Twentieth Century*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Coleman, James S. 1990. *Foundations of Social Theory*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- DiMaggio, Paul, John Evans y Bethany Bryson. 1996. "Have Americans' Social Attitudes Become More Polarized?" *American Journal of Sociology* 102:690-755.
- Frank, Andre Gunder. 1966. "The Development of Underdevelopment." *Monthly Review* 18 (September): 17-30.
- Fukuyama, Francis. 1995. *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity*. New York: Free Press.
- Huntington, Samuel P. 1993. "The Clash of Civilizations?" *Foreign Affairs* 72(3):22-49.
- Inglehart, Ronald. 1977. *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles in Advanced Industrial Society*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- _____. 1990. *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

-
- _____. 1997. *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic and Political Change in 43 Societies*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Lerner, Daniel. 1958. *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. New York: Free Press.
- Lipset, Seymour Martin. 1990. "American Exceptionalism Reaffirmed." *Tocqueville Review* 10:23-45.
- McMichael, Philip. 1996. "Globalization: Myths and Realities." *Rural Sociology* 61:25-56.
- Putnam, Robert. 1993. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Rice, Tom W. y Jan L. Feldman. 1997. "Civic Culture and Democracy from Europe to America." *Journal of Politics* 59:1143-72.
- Spier, Fred. 1996. *The Structure of Big History: From the Big Bang until Today*. Amsterdam, Holland: Amsterdam University Press.
- Stokes, Randall G. y Susan Marshall. 1981. "Tradition and the Veil: Female Status in Tunisia and Algeria." *Journal of Modern African Studies* 19:625-46.
- Wallerstein, Immanuel. 1974. *The Modern World System*. Vol. 1. New York: Academic Press.
- Weber, Max. [1904] 1958. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Traducido por T. Parsons. Reimpresión, New York: Charles Scribner's Sons.
- Weiner, Myron, ed. 1966. *Modernization: The Dynamics of Growth*. New York: Basic Books.
- Wuthnow, Robert. 1998. *After Heaven: Spirituality in America since the 1950s*. Berkeley, CA: University of California Press.

Ronald Inglehart es Profesor de Ciencias Políticas y Director de Programa en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan en Ann Arbor. Colaboró en la fundación de las encuestas *Euro-Barometer* y es Presidente del Comité Ejecutivo de las Encuestas de Valores Mundiales. Sus investigaciones se centran en los sistemas de creencias en proceso de cambio y su impacto sobre el cambio social y político. Sus libros más recientes son *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies* [La modernización y la posmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades] (Princeton University Press, 1997) y *Human Values and Beliefs: A Cross-Cultural Sourcebook* [Valores y creencias de los seres humanos: libro de información transcultural (con Miguel Basanez y Alejandro Moreno, University of Michigan Press, 1998)]. Autor de más de 125 publicaciones, ha sido profesor o académico invitado en Francia, Alemania, los Países Bajos, Suiza, Japón, Korea del Sur, Taiwán y Nigeria, y ha sido consultor del Departamento de Estado de los Estados Unidos y de la Unión Europea.

Wayne E. Baker es Profesor de Conducta Organizacional y Director del Centro para la Sociedad y la Economía en la Escuela Empresarial de la Universidad de Michigan en Ann Arbor y profesor asociado en el Instituto de Investigación Social. Se interesa por la investigación en las áreas de sociología económica, redes, teoría organizativa y cultura.

LAS INDUSTRIAS CULTURALES EN LA CRISIS DEL DESARROLLO EN AMERICA LATINA

Néstor García Canclini

Esta conferencia examina las oportunidades de desarrollo socioeconómico que ofrecen las industrias culturales en medio de la crisis latinoamericana actual. Por una parte, la producción musical y televisiva, cinematográfica e informática ha adquirido una importancia decisiva en los intercambios entre las sociedades, moviliza grandes inversiones y genera un número creciente de empleos calificados. Entre tanto, los países de América Latina —aun los que ya tienen una trayectoria de producción en estos campos— se han estancado en su desarrollo y tienen poca capacidad de expansión por medio de las industrias culturales. A continuación abordaré algunos asuntos que son de especial interés en la agenda actual de los Estados y de algunos organismos internacionales.

La cultura industrializada y el
agravamiento de las desigualdades

La producción industrial de bienes y mensajes culturales ha cambiado el papel tradicional de la cultura. Cuando ésta se percibía en términos de libros, cuadros

y música clásica, estas cosas se consideraban aspectos suntuarios de la vida social, ocupaciones de recreo que significaban poco en la economía de las naciones. En la actualidad, en cambio, tan sólo los movimientos de la industria musical nos obligan a pensar de otra manera.

Si la producción musical ya movía a mediados de la década de los noventa 40 000 millones de dólares estadounidenses (\$US) cada año, 90% de los cuales se concentraban en cuatro grandes corporaciones transnacionales, su importancia económica se agiganta ahora con megafusiones entre empresas de informática y entretenimiento, como America On Line y Time Warner. En los Estados Unidos, las exportaciones de la industria audiovisual están en segundo lugar en términos de ingresos por exportaciones. Debido principalmente a la producción y exportación de productos audiovisuales, en ese país el sector cultural representa el 6% del producto interno bruto (PIB) y es fuente de trabajo para 1,3 millones de personas. En Francia abarca más del 2,5% del PIB y los medios de comunicación emplean a medio millón

Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina se presentó en el Banco Interamericano de Desarrollo, en Washington, D.C., el 8 de abril de 2002 como parte del ciclo de conferencias sobre “Cultura y Desarrollo” del Programa de Conferencias del Centro Cultural del BID, en colaboración con la OEA.

de habitantes (Warnier, 1999).

No es sólo en los países más desarrollados donde las industrias culturales han empezado a desempeñar un papel clave en la expansión económica. Brasil, que ocupa el sexto lugar en el mercado mundial de discos, facturó \$US 800 millones por la venta de productos musicales, discos y videos durante el año 1998. En Colombia, se estima que el conjunto de las industrias culturales aporta 4,03% del PIB, valor superior a lo que aportan otros sectores de peso, como el de los restaurantes y hoteles, o al valor agregado del principal producto agrícola del país, el café pergamino, que asciende a 2,75%. Según esta investigación, el sector cultural, “tradicionalmente observado como un demandante neto de recursos”, muestra ahora “altos niveles de rentabilidad y los más importantes niveles de crecimiento de la demanda” en la televisión, el cine y la música (Convenio Andrés Bello, Ministerio de Cultura de Colombia, 1999).

Los bienes culturales, además de ocupar un lugar destacado en las estadísticas económicas, comprenden más que teatros, librerías y salas de concierto. Los supermercados y los grandes almacenes venden libros y discos; las obras teatrales y la música clásica y popular encuentran espectadores en la televisión. Hoy en día muchos más escritores y músicos pueden vivir de su trabajo. Simultáneamente, públicos que no están no habituados a los goces estéticos acceden a obras culturales de su propio país y de muchos países ajenos.

La cultura da trabajo es el título de un libro publicado en Uruguay que versa sobre las funciones económicas de los bienes culturales (Stolovich y Mourelle, sin fecha). Dichos bienes favorecen, ade-

más, el desarrollo de otras áreas industriales —transporte, turismo, inversiones— al cualificar zonas o ciudades. Por estas razones, y en virtud de que se han convertido en actores principales de la comunicación dentro de cada país y entre países, la radio, la televisión y el cine, los discos, videos y la Internet, adquieren importancia para la cohesión social y política.

Esta creciente interrelación entre la economía y la cultura podría redundar en mayores beneficios para la región latinoamericana y para su inserción en la economía mundial., pero primero habría que modificar la desigual distribución de los beneficios entre los países centrales y periféricos. Estados Unidos se queda con 55% de las ganancias mundiales producidas por los bienes culturales y de las comunicaciones, la Unión Europea con 25%, Japón y Asia con 15% y América Latina con sólo 5%. La correlación entre la distribución económica de los beneficios de las comunicaciones y su distribución geolingüística revela que el español es la tercera lengua mundial en términos del número de hablantes, alrededor de 400 millones si se tienen en cuenta los 35 millones de hispanohablantes en Estados Unidos.

La asimetría de la globalización de las industrias culturales no sólo genera desigualdad en la distribución de beneficios económicos; también agrava los desequilibrios que siempre han existido en las comunicaciones, en el acceso a la información y a las fuentes de entretenimiento, y en la participación en la esfera pública nacional e internacional. Si bien la falta de empleo es el principal factor causal de las migraciones, otro es la decadencia del desarrollo educativo y cultural.

La difusión masiva de *algunos* libros, músicas y telenovelas en circuitos de las ciudades grandes y medianas se produce paralelamente en todos los países latinoamericanos cuando se cierran librerías y teatros, se desmantelan bibliotecas y se derrumban los salarios en todo el sector público. El fervor que a veces generan en las capitales los espectáculos al aire libre no puede hacernos olvidar la pobreza cultural y educativa a la que llevaron a casi todas las instituciones los “ajustes financieros” y el retiro de inversiones estatales y privadas en muchos países latinoamericanos. La recesión económica argentina iniciada en 1998 hizo que disminuyera la asistencia a espectáculos y la venta de discos y libros. Asimismo, el derrumbe de fines de 2001 hizo que se cancelaran proyectos cinematográficos y teatrales y llevó a la quiebra a editores y librerías. También en Caracas, Lima y Montevideo hubo pérdida de empleos y de la capacidad de comunicación de la propia producción cultural.

Esta relación entre la cultura y la educación atrofia la formación del público. Las carencias en el área de la comprensión artística e intelectual, cuyo cultivo requiere décadas, así como la pérdida de habilidades conceptuales debido a la deserción escolar, no se resuelven instalando computadoras en miles de escuelas y predicando los efectos mágicos de la Internet. Ráfagas de globalización no pueden compensar políticas de segregación económica y cultural.

¿Globalización o “americanización”?

Es debatible un lugar común de muchos análisis de la globalización: que ésta no es una mera “intensificación de depen-

dencias recíprocas” (Beck, 1998) entre todos los países y regiones del planeta. Más bien, por razones de afinidad geográfica e histórica, o de diferente acceso a los recursos económicos y tecnológicos, lo que llamamos globalización muchas veces se concreta como un agrupamiento regional o entre países que siempre han estado vinculados: asiáticos con asiáticos, latinoamericanos con europeos o estadounidenses, estadounidenses con aquellos grupos que en otros países hablan inglés y comparten su estilo de vida. Como afirmé en otro texto (García Canclini, 1999), las afinidades y divergencias culturales determinan si la globalización abarca o no todo el planeta, si es circular o simplemente tangencial.

También se observa que algunas industrias y bienes de consumo se prestan más a la globalización. La industria editorial concentra sus fuerzas e intercambios en regiones lingüísticas definidas, en tanto el cine y la televisión, la música y la informática, hacen circular sus productos mundialmente con más facilidad. Las megalópolis y algunas ciudades medianas (Miami, Berlín, Barcelona), que son sedes de actividades muy globalizadas y de movimientos migratorios y turísticos intensos, se asocian mejor a redes mundiales, pero aun en ellas existe una dualización que deja marginados a amplios sectores.

Hechas estas advertencias, debemos reconsiderar la llamada “americanización” cultural de todo el planeta. Es innegable que un sector vasto de la producción, distribución y exhibición de bienes audiovisuales es propiedad de corporaciones de Estados Unidos o se dedica a difundir sus productos: películas de Hollywood y programas televisivos estadounidenses son distribuidos por empre-

sas de este país en cadenas de cines y circuitos televisivos donde el capital predominante es norteamericano, o en cadenas asociadas a empresas japonesas o alemanas que favorecen el cine angloparlante. Hay que prestar atención, asimismo, a la enérgica influencia de Estados Unidos en las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos (OEA), el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y en organismos de comunicación transnacionales, todo lo cual repercute a menudo en beneficios para las empresas estadounidenses. El cabildeo (*lobbying*) de las empresas y del gobierno estadounidenses viene influyendo para que en países europeos y latinoamericanos se paralicen iniciativas jurídicas y económicas (leyes para la protección del cine y de los medios audiovisuales) destinadas a impulsar su producción cultural endógena. Es imposible negar el lugar protagonista de Nueva York en las artes plásticas, de Miami en la música y de Los Angeles en el cine, pero sería simplista sostener que la cultura del mundo se fabrica en Estados Unidos o que este país detenta el poder para orientar y legitimar todo lo que se hace en todos los continentes.

Por otra parte, el control de las corporaciones estadounidenses sobre las anchas bandas de la comunicación masiva no implica la obediencia automática de las audiencias. Los estudios sobre el consumo musical revelan que son pocos los países latinoamericanos donde predomina la música en inglés, o la llamada “música internacional”, como unificación de lo anglo-americano y lo europeo. Es sólo en Venezuela donde la música internacional es la escuchada por 63% del público. En Perú predomina la chicha, en

Colombia el vallenato, en Puerto Rico la salsa, y en Brasil el 65% de lo que se escucha proviene del conjunto de músicas nacionales. En cambio, en Argentina, Chile y México la combinación de repertorios nacionales con los de otros países hispanoparlantes es la preferida por más de la mitad de los habitantes. Según declara George Yúdice (1999) el sistema de comercialización y consumo “no puede ser explicado en términos de homogeneización ni tampoco de localización. La consolidación del sistema se logra articulando ambos aspectos”.

Es posible reexaminar la desigualdad entre países desarrollados y periféricos, y aun entre modalidades diversas de desarrollo cultural, por ejemplo entre lo anglo y lo latino, a la luz de esta perspectiva. A medida que las megaempresas privadas se apropiaron de la mayor parte de la vida pública, ésta ha experimentado un proceso de privatización, transnacionalización unilateral y evasión de responsabilidad respecto de los intereses colectivos de orden social. ¿Cómo elaborar políticas culturales que vinculen de un modo creativo las industrias culturales con la esfera pública de acuerdo con la lógica que rige en la actual etapa de globalización e integración regionales?

A mediados del siglo XX, la importancia de la radiodifusión como servicio social llevó a pensar que este tipo de comunicación era el modelo de una esfera pública de ciudadanos que deliberaban con independencia del poder estatal y del lucro de las empresas (Garnham, 1997). En esos circuitos florecieron la información independiente y la conciencia ciudadana, se legitimaron las demandas de “la gente común” y se limitó el poder de los grupos hegemónicos en la política y

los negocios (Keane, 1995).

Actualmente, las imposiciones privatizadoras de las empresas a los Estados y la sociedad civil reducen la esfera pública a la acumulación de lucro por manos privadas. La deliberación ciudadana se disuelve, o enmascara, en programas que simulan la participación social, mediante el teléfono abierto o los *talk shows*. Es difícil que los empresarios, entregados a la ruda lógica del mercado, asuman las tareas públicas de la comunicación y el desarrollo cultural. Además, su renuncia a toda responsabilidad respecto de los asuntos públicos se agrava porque las políticas culturales de los Estados se orientan hacia la cultura refinada o “clásica”, y éstos no emprenden nuevas acciones respecto de la industrialización y transnacionalización de las comunicaciones, ni siquiera en calidad de agentes reguladores.

Pocos Estados y organismos supranacionales se interesan por representar los intereses públicos en estos campos. Su acción es indispensable para situar las interacciones comerciales en el marco de otras interacciones sociales donde se gestiona la calidad de vida y que no son reductibles a bienes mercantiles, como los derechos humanos, la innovación científica y estética, o la preservación de contextos naturales y sociales. Sólo algunos documentos donde estos campos se conciben como “capital social” comienzan a abordar qué podrían hacer los órganos estatales y supranacionales (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO], Banco Interamericano de Desarrollo, Convenio Andrés Bello) partiendo del reconocimiento de que el mercado es insuficiente para garantizar

los derechos sociales y culturales, las reivindicaciones políticas de mayorías y minorías (Kliksberg-Tomassini, 2000).

Quiero precisar ahora en qué sentido necesitamos salir de la oposición maniquea entre el Estado y la empresa privada. Hoy necesitamos concebir el Estado como un ámbito donde se articulan los gobiernos con las iniciativas empresariales y con las de otros sectores de la sociedad civil. Una de las tareas de regulación y arbitraje cuyo ejercicio le corresponde al Estado es la de no permitir que la vida social se vea menoscabada por los intereses empresariales, y menos aun que estos intereses se reduzcan a los que tienen los inversores.

Para diseñar políticas culturales y de integración en medio de las nuevas formas de privatización transnacional es preciso reexaminar las nociones del Estado y del mercado, y la relación entre ambos y la creatividad cultural. Hace tiempo se rechazó la pretensión de algunos Estados de controlar la creatividad cultural, y de la misma manera debemos poner en tela de juicio la creencia de que el mercado libre favorece la libertad de los creadores y el acceso de las mayorías. Esa disyunción entre el Estado y el mercado, insostenible en el caso de los productores en materia de arte y comunicación, se aleja, asimismo, del modo en que actualmente se concibe la creatividad sociocultural de los receptores.

Las teorías culturales y artísticas (Bourdieu, 1979; Eco, 1981) demostraron largamente que la creación cultural se forma también mediante la circulación y recepción de los productos simbólicos. Es necesario, entonces, dar importancia en las políticas culturales a esos momentos posteriores a la generación de bienes y

mensajes, o sea, al consumo y apropiación de las artes y de los medios de comunicación masivos. El Estado puede contrarrestar la segregación comercial producida en el acceso a los bienes y mensajes entre quienes tienen y quienes no tienen recursos económicos y educativos para obtenerlos y disfrutarlos. En una época en que la privatización de la producción y difusión de bienes simbólicos está ensanchando la grieta entre el consumo de las elites y de las masas, no son suficientes las tecnologías avanzadas para facilitar la circulación transnacional y el consumo popular. Al abandonar los Estados su responsabilidad por el destino público y la accesibilidad de los productos culturales, sobre todo de las innovaciones tecnológicas y artísticas, la brecha se agrava aun más. La reestructuración desregulada y transnacional de la producción y difusión de la cultura neutraliza el sentido público de la creatividad cultural, así como el intercambio entre los países latinoamericanos. La preferencia aún visibles en determinados públicos por la música latina, que en otro tiempo se notaba también en el eco del cine europeo en América Latina, encuentra escasa oferta en las pantallas cinematográficas y televisivas actuales.

La construcción actual de lo latinoamericano

Para hacer frente al control transnacional de las comunicaciones por el mundo angloparlante, suelen exaltarse las identidades nacionales o latinoamericanas. La diversidad de la región hace que en las ciencias sociales actualmente se hable de un *espacio cultural* muy heterogéneo, más que de una identidad común latinoame-

ricana. En ese espacio o red las lenguas romances van asociadas a circuitos editoriales y académicos, gastronómicos, turísticos y de medios de comunicación, todos los cuales movilizan grandes inversiones económicas. “Lo latinoamericano” se modula con diverso énfasis según el peso histórico y las influencias actuales de los europeos, los estadounidenses, y su articulación con proyectos nacionales y étnicos. Quiero detenerme un momento en el significado de esa herencia latina para discutir temas fundamentales de la relación entre la economía y la cultura, tales como la valoración del patrimonio y la definición de la propiedad intelectual.

Estos debates adquieren valor estratégico al tratar de ubicar “lo latinoamericano” en el mundo. La calidad de latinoamericano siempre tuvo orígenes híbridos en los que confluyeron contribuciones de los países mediterráneos de Europa, de lo indígena americano y de las migraciones africanas. Esas fusiones constitutivas se amplían ahora, interactuando con el mundo angloparlante: lo demuestra la voluminosa presencia de inmigrantes y productos culturales latinos en Estados Unidos, y el uso de anglicismos en la jerga electrónica. Lo “latino” también se transforma en el diálogo con culturas europeas y aun asiáticas.

Es necesario tener en cuenta no sólo la diseminación de lo latinoamericano fuera de las fronteras de América Latina hacia Estados Unidos y los países latinos de Europa —lo cual tiene gran interés como ampliación de los mercados—, sino también las condiciones históricas desiguales de desarrollo en contraste con el espacio sociocultural euroamericano.

La comparación entre América Lati-

na y el proceso de integración europeo sirve para comprender las diferentes condiciones en que se coproducen películas franco-italo-españolas, o el canal franco-alemán ARTE de televisión, en relación con sus mercados, número de espectadores y capacidad para recuperar las inversiones. En América Latina hay unas pocas experiencias recientes que confirman el valor de esta cooperación internacional. Pero no es lo mismo si el programa Media o Eurimages es aprovechado por Claude Chabrol, Pedro Almodóvar o los canales Plus europeos que por un director de cine uruguayo, un editor mexicano o un productor de televisión costarricense, quienes deben batallar con legislaciones anteriores a la era “mediatizada” en las aduanas de sus países, con burocracias para las cuales las películas y los libros no merecen en el correo un trato distinto del que reciben los objetos suntuarios. Pese a los acuerdos firmados en 1988 para liberalizar la circulación de bienes y servicios culturales (ALADI, el artículo XIII del Protocolo del Mercosur), las prácticas aduanales de los gobiernos desconocen esas facilidades (Saravia, 1997). Esto nos lleva a dos desafíos estratégicos: *la integración multimedia y las legislaciones para la protección de la cultura*.

Hay una diferencia fundamental entre el cine europeo y el cine en español (el latinoamericano y también el que produce España). En varios países de Europa —Francia, Italia, Alemania— la reactivación parcial de la industria cinematográfica es encarada como un movimiento multimedia que confiere a la televisión un papel clave como generador de recursos y aliado en la difusión de las películas. En tanto, las empresas televisoras española y latinoamericanas trabajan de

espaldas al cine y nadie las obliga a pagar siquiera derechos dignos para proyectar las películas del propio país. La euforia que algunos funcionarios y productores exhiben por el pequeño aumento de los rodajes en Argentina, Brasil y México en los tres últimos años, la obtención de premios internacionales, casi todos de segunda importancia, y un relativo incremento de público son fenómenos frágiles debido a la desconexión entre la industria cinematográfica y la televisiva, que debilita a ambas ramas y desalienta las sinergias entre ambas clases de ficción.

Definir el cine y la televisión que tendremos, definir cómo difundirlos y formar espectadores, son tareas clave para fomentar el conocimiento recíproco y colectivo entre las sociedades. *Para lograr estos fines se requiere también una renovación de la legislación, la profesionalización de la gestión cultural y la participación de creadores y receptores en estas decisiones*. Esta participación social, lograda por conducto de organizaciones de artistas y consumidores culturales, puede conseguir que las diferencias culturales sean reconocidas, que aun los sectores menos equipados para intervenir en la industrialización de la cultura, como los países periféricos, los indígenas y los pobres urbanos, comuniquen sus voces y sus imágenes. Tal vez así contribuyamos a que en las políticas culturales y de comunicaciones haya lugar no sólo para lo que al mercado le conviene, sino también para la diferencia y la disidencia, la innovación y el riesgo. En suma, para elaborar imaginarios colectivos interculturales más democráticos y menos monótonos.

Muchos artistas dudan que la creatividad pueda ser objeto de políticas. Tienen razón en tanto las acciones estatales o

empresariales no pueden sustituir a los autores. Pero tampoco podemos olvidar que los creadores no son, como suponían las estéticas idealistas, dioses que emergen de la nada, sino de escuelas de cine y facultades de humanidades, y que necesitan editoriales, museos, canales de televisión y salas de cine para exponer sus obras. También porque la creatividad sociocultural, como dijimos, implica a los públicos. Afirmar que los lectores y espectadores tienen la última palabra en la decisión de lo que merece circular y ser alentado es una verdad a medias de los discursos mercadotécnicos; pero resulta una afirmación engañosa en sociedades donde los Estados hacen cada vez menos por formar públicos culturales, con bibliotecas entendidas como depósitos de libros y casi nunca como clubes de lectura, con sistemas educativos que aún no advierten —como recientemente ocurrió en Francia— que aprender a valorar los medios audiovisuales es parte del currículum de la educación básica.

El Estado no crea cultura, pero es indispensable para generar las condiciones contextuales, las políticas de estímulo y regulación, con las que se puede producir bienes culturales y acceder a ellos con menores discriminaciones.

Estrategias de desarrollo endógeno dentro de la globalización

La agenda de nuevos dilemas para los Estados y organismos internacionales tiene una de sus cuestiones más acuciantes en la necesidad de formular leyes y acuerdos legales transnacionales que protejan el sentido cultural de la producción. Un ejemplo que hace visible la importancia de este asunto es la polémica que está

desarrollándose entre la concepción latina y la anglosajona de la propiedad intelectual.

La disputa se produce como resultado de la intención de globalizar el sistema que en países anglófonos privilegia la apropiación empresarial de los derechos de autoría de películas y programas de televisión. Los canales de televisión y los productores de cine remuneran una primera vez a los directores, guionistas y actores con la posibilidad de repetir la obra, copiarla y modificarla todas las veces que quieran sin pagar derechos ni consultar a los creadores. Se trata de la disputa entre el sistema de origen francés, extensivo a gran parte de Europa y América Latina, que reconoce la autoría del creador intelectual, y la legislación estadounidense que atribuye esos derechos al productor empresarial o simplemente al inversionista.

Esta transferencia de la propiedad intelectual a quienes financian los bienes culturales, separándolos de los creadores o comunidades tradicionalmente conocidos como autores, ha motivado esta reflexión del francés Jack Ralite: “Después de los sin documentos, de los sin trabajo, ahora llega la era de los sin autor”. Al oponerse a esta modificación comercial de los criterios que en la era moderna se habían establecido para identificar la creación de obras culturales, Ralite afirma: “El papa Julio II no pintó la Capilla Sixtina. La Fox no construyó el *Titanic*. Bill Gates y la Compañía General de Agua no son autores”. Ese experto francés reclama, por tanto, que los organismos nacionales e internacionales reconozcan la autoría intelectual y protejan la creatividad e innovación estética para que no sean sometidas a la prepo-

tencia del lucro (Ralite, 1998).

El debate se repite periódicamente desde hace tres años en la Organización Mundial del Comercio. ¿Cómo articular la propiedad empresarial y los derechos intelectuales en una economía que tiende a desregular las inversiones? Varios países miembros de ese organismo quieren imponer sanciones a los gobiernos que favorezcan la producción nacional, aunque la oposición de algunos Estados europeos y de Canadá ha hecho que hasta ahora se postergue la decisión. Los gobernantes latinoamericanos siguen esta polémica en silencio. Si se aprueba este proyecto, cambiarán los usos del patrimonio cultural, que se concibe en los países latinos como la expresión de pueblos y personas. Se perderá, sobre todo, nuestra capacidad para gestionar el patrimonio intangible (lenguas, música, conocimientos), cuya comercialización aumenta al poder difundirse internacionalmente mediante tecnologías avanzadas de fácil reproducción (videos, Internet).

Hay que reconocer que no es sencillo proteger ni delimitar la autoría de productos comunitarios tradicionales (diseños artesanales y músicas étnicas convertidos en prósperos negocios mediáticos). Ello se torna aun más complejo al incorporarse bienes creados en las mismas comunidades donde se fabrican productos electrónicos, sobre todo el patrimonio musical, más rentable que el patrimonio monumental. Los ingresos provenientes de la entrada de turistas asitos arqueológicos y centros históricos siguen aumentando en muchos países, pero es aun más rápido el aumento de la comercialización de la música popular y clásica en medios de comunicación masivos y en

la Internet, sin que existan regulaciones públicas adecuadas a las exigencias de esta nueva etapa. En varias naciones latinoamericanas y europeas, así como en los foros de la UNESCO (Throsby, 1998), se debatieron durante los años noventa las condiciones en que la expansión comercial del turismo utiliza el patrimonio histórico, pero no existen políticas públicas, ni suficiente movilización social, para preservar y promover el patrimonio intangible en los nuevos contextos transnacionales, especialmente en América Latina.

No está claro qué se debe hacer, por ejemplo, ante los conflictos entre empresas productoras de discos y servidores de Internet desde que el sistema Napster dio facilidades para pasar la música de una computadora a otra sin pagar derechos. Transitoriamente se llegó a una negociación entre las empresas discográficas y las empresas de informática. Napster acordó ceder una parte de sus ganancias a las productoras de discos, creando de ese modo un modelo para otros conflictos que pueda plantear la circulación en la Internet de películas y libros. La integración de medios múltiples (*multimedia*) facilitada por los nuevos soportes digitales vuelve imperiosa la legislación en estos campos.

No abogo por oponerse en general a la liberalización de los mercados, ni a la apertura de las economías y culturas nacionales, porque junto a la globalización tecnológica dicha apertura contribuye a que conozcamos y comprendamos mejor otras culturas. También ayuda a que las telenovelas, la música y los libros de unos pocos autores latinoamericanos, africanos y asiáticos se difundan en el mundo. Pero esta expansión y estas interconexio-

nes necesitan ser situadas en el marco de políticas culturales que reconozcan los intereses plurales del conjunto de artistas, de consumidores y de cada sociedad. En parte, esta tarea debe ser encarada por los ministerios de cultura y organismos internacionales. Depende parcialmente de la movilización de asociaciones de artistas, comunicadores y consumidores culturales. Y también comienza a estudiarse en algunos países una figura jurídica una especie de ombudsman de las industrias culturales— que represente a los ciudadanos consumidores.

Las desigualdades entre las metrópolis donde proliferan las industrias culturales y los países latinoamericanos son aun mayores en el campo de las tecnologías avanzadas, es decir, se han acentuado con el pasaje del registro analógico al digital y el acoplamiento de las telecomunicaciones y de los medios informáticos. Es un territorio de disputa en que norteamericanos, europeos y japoneses luchan por el control del mundo entero, con consecuencias a largo plazo en términos de la acumulación de información estratégica y servicios, que abarca todos los campos de la cultura, desde la documentación del patrimonio histórico y la experimentación artística hasta la comercialización de los bienes más heterogéneos que llegan al domicilio y la creación de redes científicas y de entretenimiento. Salvo por la colocación de unos pocos satélites y escasas investigaciones secundarias y subordinadas en algunos países, América Latina sólo es consumidora, no productora, de estas novedades.

Dada la magnitud de las acciones necesarias para reformular el papel de las industrias culturales en el espacio público transnacional, se requieren programas

en los que se coordinen los actores nacionales dentro de cada país para reconocer su diversidad, y con organismos internacionales (OEA, Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], Sistema Económico Latinoamericano, Convenio Andrés Bello, etc.). Una primera tarea es lograr que las industrias culturales sean incluidas en la agenda pública de los acuerdos de integración, intercambio y libre comercio.

Los organismos internacionales podrían contribuir a crear y promover estructuras institucionalizadas ágiles, no burocráticas, de coproducción y difusión transnacionales; apoyar diagnósticos de alcance regional; y coordinar programas de cooperación entre países y entre éstos y las empresas nacionales y transnacionales u organismos de la sociedad civil. Una nueva relación cultural de las industrias de las comunicaciones con las escuelas, y la formación de sociedades (organismos de televidentes, de públicos cinevidentes, ombudsman de los medios) son de primera importancia para modificar la función social de estas industrias y hacerlas trascender su condición mercantil unidimensional.

Mientras un gran porcentaje de maestros siguen considerando los medios de comunicación en masa enemigos de la educación, los estudios de la CEPAL, la UNESCO y muchos especialistas insisten en que se deben identificar las relaciones entre ambos sectores para difundir las destrezas requeridas en sociedades “mediatizadas” e “informatizadas”. ¿Cómo calificarse para los trabajos mejor remunerados y más flexibles, o expresar demandas colectivas y situarlas en el marco de estrategias globalizadas, o al menos interculturales, si la desertión en la escuela

primaria aumenta, y si de los alumnos que no abandonan la escuela sólo una minoría recibe una formación que le permite competir en un mundo “digitalizado”? La distancia digital constituye actualmente, según afirma Martín Hopenhayn (2002), “la madre de las brechas: brecha en productividad e ingresos laborales, brecha en opciones de movilidad ocupacional a futuro, brecha en acceso a mercados, brecha en uso eficiente del tiempo, brecha en acceso a información y a servicios de todo tipo, brecha en voz y voto, brecha en participación política, brecha en poder de gestión, brecha en intercambio comunicativo y cultural, brecha en actualización de conocimientos, brecha en niveles de vida. Quien no está conectado, estará excluido de manera cada vez más intensiva y diversa”.

La renovación cultural de la educación se ha concentrado en impulsar la enseñanza bilingüe en algunas zonas indígenas, gracias a un mayor reconocimiento de la diversidad regional y la multiplicidad de culturas. En cambio, la transnacionalización de los medios de comunicación, aun con su sesgo mercantil, contribuye a formar ciudadanos con una visión internacional y los dispone a integrar información de culturas distintas. No obstante, es poco razonable esperar que medios tan comercializados fomenten el discernimiento selectivo, una ética que valore las diferencias y una concepción crítica del poder y de los derechos humanos. Son las escuelas y universidades las que pueden situar a los niños y jóvenes en estrategias históricas de largo alcance, solidarias, encaminadas a construir el sentido social más allá de “las discontinuidades de una actualidad cada día más instantánea, y del flujo incesante

y emborrachador de informaciones e imágenes” (Martín Barbero, 1996). La educación formal necesita las pantallas de televisores y computadoras para vincularse con la vida cotidiana de los estudiantes y habilitarlos para el futuro, pero ni el control remoto ni el “ratón” (*mouse*) organizan la diversidad cultural ni desarrollan opciones de vida inteligentes.

Es indiscutible que extender el acceso a las redes digitales es un paso clave para superar las brechas internas de cada nación y entre un país y otro. Pero no podemos olvidar que las conexiones informáticas imponen la necesidad, en muchas zonas de países latinoamericanos, de dar un paso previo: instalar luz y teléfono.

En las regiones con un menor desarrollo socioeconómico y poca institucionalización de las actividades culturales, se debería determinar —o auspiciar— el potencial para la incorporar en circuitos globales su capacidad exportadora en distintos campos de la cultura y, partiendo de esas bases, contribuir a elaborar legislaciones que protejan los derechos de los productores, intermediarios y consumidores. La solidaridad internacional puede fortalecer los recursos audiovisuales e informáticos y ayudar a renovar periódicamente la infraestructura tecnológica y la capacitación técnica del personal, sobre todo en países con poca tradición en la producción y exportación de bienes culturales. Cursos, asesoramientos y la transmisión de experiencias de regiones más integradas y con mayor capacidad para industrializar los mensajes culturales, servirían para ampliar el mercado nacional y abarcar, más allá de los hábitos y estructuras nacionales, los sistemas de intermediación artística, cultural y comercial globalizados.

Las acciones futuras deberían trascender el plano *preventivo* (proteger la propiedad intelectual y evitar el tráfico ilegal de películas y videos) y propiciar la *producción y distribución* fluida de bienes y mensajes entre regiones poco vinculadas. Experiencias como la de Ibermedia, que coordina a varios países latinoamericanos, junto con España y Portugal, en la coproducción y distribución de películas, indican que los organismos supranacionales pueden mejorar su eficacia si, además de trabajar con instituciones estatales, cuyo número se reduce en los mercados transnacionales, se vinculan con productores y distribuidores independientes, así como redes de artistas y comunicadores que encaran los nuevos desafíos de la globalización y las integraciones regionales.

Puntos de partida para la reactivación económica y cultural

No es posible fortalecer lo que aún queda de cultura y sociedad nacionales con perfiles históricos distintivos (no esencias o identidades metafísicas) sin emprender proyectos que hagan prosperar a la región y reubicarse en el mundo. Esta perspectiva significa concederles el lugar central a las personas y a las sociedades, no a las inversiones ni a otros indicadores financieros o macroeconómicos que articulan de forma difusa a América Latina con el resto del mundo. La pregunta clave no es qué ajustes económicos internos permitirán pagar mejor las deudas, sino qué productos materiales y simbólicos propios (e importados) pueden mejorar las condiciones de vida de las poblaciones latinoamericanas y potenciar su comunicación con los demás.

A medida que la “producción de con-

tenidos” se incrementa en las industrias culturales, advertimos que los únicos recursos necesarios para ampliarse no son los de quienes controlan el *hardware*. La cultura latina proporciona nuevos repertorios y estilos narrativos (melodramas, telenovelas, música étnica y cine urbano) que están diversificando las ofertas de la cultura popular internacionalizada. La capacidad de algunos países latinos y europeos para generar cine y televisión, potenciada por programas de coproducción endógena y leyes que la protegen, evidencia el lugar que existe en los mercados globalizados para culturas que no se producen en inglés y que no están habituadas a reducir la simbolización a megaespectáculos. El creciente interés demostrado por Hollywood, MTV, Sony y otras empresas por lo que ya se ha realizado y actualmente se produce en América Latina nos da un indicio de lo que podríamos hacer mediante una gestión más autónoma.

¿Qué propiedad es la más valiosa en el mundo en la era de la información? Según Jeremy Rifkin (2001), “las radiofrecuencias —el espectro electromagnético—, por las que transcurrirá una cantidad cada vez mayor de comunicación humana y actividad comercial en la era de las comunicaciones inalámbricas. Nuestros ordenadores personales, agendas electrónicas, Internet sin cables, teléfonos móviles, localizadores, radios y televisiones, todos dependen de las radiofrecuencias del espectro para enviar y recibir mensajes, fotografías, audio, datos.”

El mismo autor demuestra que ese espectro, tratado como “propiedad común” —otros sostienen que es el nuevo “patrimonio de la humanidad”—, ya no está controlado por naciones ni gobiernos,

sino por corporaciones comerciales que administran casi todas las ondas. Aun el gobierno estadounidense, agrega Rifkin, ha cedido el poder de regular las comunicaciones dentro de su territorio. Una empresa de origen japonés, Sony, se adueñó de los principales estudios de rodaje de Hollywood y de grabación musical de Miami, y la Berstelmann, empresa alemana, compró Random House, la mayor casa editorial estadounidense.

Entre los años cuarenta y setenta del siglo XX la creación de editoriales en Argentina, Brasil, México, y en menor medida en Colombia, Chile, Perú, Uruguay y Venezuela, produjo una “sustitución de importaciones” en el campo de la cultura letrada, decisiva para desarrollar la educación, formar naciones modernas y ciudadanos democráticos. En las últimas tres décadas la mayoría de los editores entraron en quiebra o vendieron sus catálogos a editoriales españolas, que fueron compradas posteriormente por empresas francesas, italianas y alemanas.

En Argentina la transnacionalización de las comunicaciones, iniciada hace más de diez años, culminó en la entrega de la mayoría de las industrias culturales a empresarios extranjeros. Las ventajas brindadas para sus inversiones no tienen reciprocidad en los mercados norteamericano y europeo. En vez de disputar el mercado exterior para sus productos, los argentinos, como muchos peruanos, venezolanos y mexicanos, prefieren convertirse en gerentes de la Telefónica de España, la ATT o la CNN.

Quien dirige una sucursal tiene la responsabilidad de rendir buenas cuentas a sus jefes, no de tomar decisiones. Durante la década de los noventa la selección de los autores latinoamericanos que se-

rían editados y de los escritores que publicarían fuera de su país, pasó de Buenos Aires y México a Madrid y Barcelona. Ahora se decide también en España qué autores de otros países podemos leer. El suplemento cultural del diario *Clarín* del 16 de marzo de 2002 está dedicado a “nuestros libros extranjeros”: las últimas obras de Arturo Carrera, Rodolfo Fogwill, César Aira, Clara Obligado y Diana Bellessi no serán distribuidas en el país de estos escritores, Argentina, porque las filiales de sus editores españoles en Buenos Aires no pueden garantizar la venta de más de 3.000 ejemplares. Entre el momento en que los autores contrataron sus libros y la fecha en que se publicaron, el desplome económico argentino, y por lo tanto la capacidad de compra de su población, los volvieron poco rentables entre sus paisanos. Se interrumpe así el diálogo de algunos de los principales novelistas y poetas con su campo cultural inmediato. A fines de los años setenta y principios de los ochenta la dictadura militar cortó el diálogo de los exiliados con sus compatriotas: *The Buenos Aires Affair* (censurada, antes del asalto militar, por el gobierno de Juan Domingo Perón) y *El beso de la mujer araña* (1976) no pudieron ser distribuidos en Argentina, como centenares de otros libros, hasta que volvió la democracia en 1983. Ahora el autoritarismo del mercado impide que se conozca a autores que viven en el propio país. Ironía cruel: el suplemento de *Clarín* publica reseñas de los libros de Aira y Fogwill, pedidas a críticos argentinos que viven fuera de su tierra, y coloca los precios en euros.

Es urgente que los países latinoamericanos encaren una política para mantener y promover activamente la diversidad

cultural de lo producido previo al 2005. Se estima que el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas abarcará un mercado de casi 800 millones de personas y un producto interno bruto (dicen los españoles, preocupados) cercano a los 2.200 millones de pesetas. Pese a la estimación del diario *El País*, esta suma será calculada en dólares estadounidenses, pero en todo caso, como afirma ese diario, representa el cuarenta por ciento del comercio mundial. No es imposible conseguir que los organismos artísticos, algunos movimientos sociales y políticos, y quizá hasta los ministerios de cultura se interesen por alcanzar una posición que beneficie, en esa negociación, las relaciones históricas y actuales entre países latinoamericanos. Si encaramos desde ahora esta tarea, con estudios regionales y prospectivas económicas y culturales, tal vez sea posible situarnos en posiciones productivas. Será el modo más inteligente de defender la diversidad cultural.

Asimismo, es imprescindible legislar antes de que el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) dicte leyes sobre las industrias culturales y los modos actuales en que se gestiona el patrimonio. Dada la envergadura internacional de los acuerdos, si adoptamos leyes sólo dentro de cada país no podremos sostenernos. Es indispensable el trabajo de los organismos internacionales, como el BID, la CEPAL, la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI) y la UNESCO. Una primera tarea de estas instituciones sería lograr que las industrias culturales y las distintas formas de industrializar o usar en los mercados transnacionales las culturas locales sean incluidas en la agenda pública de los acuerdos de integración e

intercambio comercial. Se trata de lograr que en todas las áreas en que se producen de esas negociaciones se reoriente la economía hacia un sistema antimonopolios que permita accesos más diversificados y equitativos a los bienes y a la información.

Quiero mencionar brevemente algunas iniciativas culturales distributivas y reguladoras que se consideran estratégicas en medio de la transnacionalización por empresas privadas de la cultura y las comunicaciones. En áreas vinculadas a la información, como la prensa, radio y televisión propias de un país, varios autores estiman pertinente limitar a menos del 50% la inversión extranjera y fijar para los medios audiovisuales (incluido el cine) un mínimo de programación nacional y regional. En el ámbito cinematográfico, el porcentaje clásico del 50% del tiempo en pantalla ya no se puede aplicar debido a la reducción de la producción nacional, pero una cuota básica es imprescindible para que el control creciente de la distribución y exhibición por empresas estadounidenses no impida que las películas se conozcan dentro del país donde se crearon. También es importante reglamentar la publicidad en los canales audiovisuales y el acceso de la sociedad a acontecimientos e información de interés público. Para crear condiciones equitativas de información y competencia es necesario fomentar la diversidad de voces en cada emisora, incluidas las que disienten de la línea editorial de la empresa, y proteger el derecho de réplica.

Todo esto requiere, asimismo, la creación de indicadores culturales que, como propone la UNESCO en su *World Culture Report* (1998 y 2000), construyan sistemas flexibles y aplicables en cualquier país,

análogos a los indicadores educativos y de salud, para evaluar el desarrollo cultural, como suele ser el caso de. No se trata, naturalmente, de establecer si una cultura está más desarrollada que otra. Más bien se busca, aceptando la diversidad histórica y los estilos y proyectos propios de cada sociedad, apreciar en qué grado las estructuras y políticas existentes contribuyen a la integración, evitan discriminaciones, y fomentan la autodeterminación de grupos diversos y sus posibilidades de encontrar iguales oportunidades para la creatividad y comunicación (UNESCO, 2000). En América Latina los países donde hay mayor producción cultural todavía carecen de estadísticas culturales confiables, y por tanto no se pueden efectuar comparaciones regionales que faciliten la cooperación y los intercambios.

No tengo ya tiempo para tratar otros aspectos de la relación entre las industrias culturales y el desarrollo de América Latina. Mi agenda no pretende ser exhaustiva, sino fomentar la polémica y destacar las perspectivas de adoptar medidas en el ámbito de la cultural y las comunicaciones que nos libren de las oposiciones maniqueas entre lo privado y lo público, entre “globalizarnos” o afirmar nuestras identidades. Siendo tan complejas las culturas latinoamericanas, las opciones van mucho más allá de elegir entre un MacDonalds y un Macondo.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'J. A. ...' with a stylized flourish at the end.

BIBLIOGRAFIA

- Beck, Ulrich, 1998, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, Pierre, 1979, *La distinction - Critique social du jugement*, París: Minuit, *Liber 1*. 1997, San Pablo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Convenio Andrés Bello. Programa: pensamiento renovado de integración. Seminario: "Las transformaciones de América Latina y las perspectivas de la integración", Santiago de Chile, 5 y 6 de mayo de 1997.
- Convenio Andrés Bello y Ministerio de Cultura de Colombia, *Economía y cultura*, 1999, *Un estudio sobre el aporte de las industrias culturales y del entretenimiento al desempeño económico de los países de la Comunidad Andina*. Informe preliminar. Definiciones básicas, pautas metodológicas y primeros resultados en Colombia, Bogotá: Convenio Andrés Bello y Ministerio de Cultura de Colombia.
- Eco, Umberto, 1981, *Lector in fabula*, Barcelona: Lumen.
- García Canclini, Néstor, 1990, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, D.F.: CNCA/Grijalbo.
- _____, 1999, *La globalización imaginada*, México, D.F.: Paidós.
- Garnham, Nicholas, 1997 "The Media and the Public Sphere", en C. Calhoun, ed., *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, Ma.: MIT Press.
- Hopenhayn, Martín. "Educación y cultura en Iberoamérica: situación, cruces y perspectivas". Marzo 2002. Seminario *Las Culturas de Iberoamérica en el siglo XXI*. Río de Janeiro, Brasil.
- Keane, John, 1995, "Structural transformations of the public sphere", *The Communication Review* (San Diego, California) 1(1): páginas 1-22.
- Kliksberg, Bernardo y Luciano Tomassini, 2000, comp, *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*: Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2000.
- Martín Barbero, Jesús, 1998, *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*, Santa Fe de Bogotá: Convenio Andrés Bello.

- _____, 1996. "Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación", *Revista Nómades* (Santa Fe de Bogotá, Colombia) 1996;5 (septiembre).
- Ralite, J., 1998, "¿Hacia un derecho de autor sin autor?", *Le Monde Diplomatique* (México, D.F.), 10 (marzo-abril).
- Rifkin, Jeremy, "La venta del siglo", *El País*, 5 de mayo de 2001.
- Saravia, Enrique, 1997, "El Mercosur cultural: una agenda para el futuro", en Gregorio Recondo, comp., *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*, Buenos Aires: Cíccus.
- Stolovich, L., J. Mourelle, sin fecha, *La cultura da trabajo: impacto económico y ocupacional de las actividades culturales en Uruguay*, Montevideo: CIDEUR.
- Throsby, D., 1998, "The role of music in international trade and economic development", en *World Culture Report*, París: UNESCO.
- UNESCO, 1997, *Nuestra diversidad creativa: informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, Madrid: Ediciones UNESCO / Fundación Santa María.
- _____, 1998, *World Culture Report: Culture, creativity and markets*, París: UNESCO.
- _____, 2000, *World Culture Report: Cultural diversity, conflict and pluralism*, París: UNESCO.
- _____, 2000, *International flows of selected cultural goods 1980-98*, París: UNESCO.
- Warnier, Jean Pierre, 1999, *La mondialisation de la culture*, París: La Découverte.
- Yúdice, George, 1999, "La industria de la música en la integración América Latina-Estados Unidos", en Néstor García Canclini y Juan Carlos Moneta. *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, México, UNESCO/Grijaldo/SELA.
- _____, 2001, "Las relaciones EEUU-América Latina ante la integración Latinoamericana y el Iberoamericanismo", ponencia preparada para el seminario "Agendas intelectuales y localidades del saber: un diálogo hemisférico" organizado por el Social Science Research Council (de Estados Unidos) Centro Cultural Casa Lamm, México, D.F., 5 y 6 de octubre de 2001.

Néstor García Canclini ha venido realizando una intensa labor de investigación en el campo de la cultura urbana. Sus trabajos intentan recuperar los ámbitos de decisión que han usurpado los economistas y empresarios. Dirige el Programa de Estudios sobre Cultura Urbana en la Universidad Autónoma Metropolitana de México, Plantel Iztapalapa (UNAM). Ha sido profesor de las Universidades de Stanford, Austin, Barcelona, Buenos Aires y San Pablo. García Canclini recibió la beca Guggenheim y otras distinciones, entre las cuales se encuentran el Premio Casa de la Américas (1981) por su libro *Las culturas populares en el capitalismo*, y el Premio Iberoamericano (1992) de la Latin American Studies Association por su obra *Culturas híbridas: estrategias para entregar y salir de la modernidad*. En su libro *La globalización imaginada* (2000) aborda la cuestión de la globalización con ojo aguzado en la percepción de las metáforas sociales y convencido de que no sólo es posible, sino absolutamente necesario, hablar de los procesos de mundialización en términos culturales.

Fotografía: Fototeca del BID
Edición: María Luisa Clark
Diseño: Cecilia P. Jacobson

Otras publicaciones disponibles de la Serie *Encuentros*:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
Diálogo con José Donoso, novelista chileno,
autor de *Casa de Campo*.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Germán Arciniegas, periodista, historiador
y diplomático colombiano.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Rigoberta Menchú, líder indígena
guatemalteca y Premio Nóbel de la Paz
en 1992.
No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Annick Sanjurjo Casciero, historiadora
paraguaya.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Alfonso Sastre, dramaturgo español.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Edward Villella, bailarín estadounidense,
director artístico del Ballet de la Ciudad
de Miami.
No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Zee Edgell, novelista beliceña,
autora de *Beka Lamb*.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela
Quiteña*
Magdalena Gallegos de Donoso,
antropóloga ecuatoriana.
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente
y función en las artes de Japón*
Ann Yonemura, curadora norteamericana
de arte japonés de las Galerías Freer
y Sackler de la Institución Smithsonian.
No. 10, marzo de 1995.
- *Hacia el fin del milenio*
Homero Aridjis, poeta mexicano,
ganador del Premio Global 500 de las
Naciones Unidas.
No. 11, setiembre de 1995.
- *Haití: una experiencia de dos culturas*
Edwidge Danticat, novelista haitiana,
autora de *Krik! Krak!*
No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*
Bernard McGinn, teólogo norteamericano de
la Universidad de Chicago.
No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad
(siglos XVI - XVIII)*
Manuel Burga, sociólogo peruano de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos,
Lima.
No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha
por el poder interpretativo*
Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la
Universidad de Stanford.
No. 15, marzo de 1996.
- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del
milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl*
David Carrasco, historiador norteamericano
de la Universidad de Princeton.
No. 16, junio de 1996.

- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*
Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.
No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.
No. 18, noviembre de 1996.
- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.
No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*
Roberto Sosa, poeta hondureño.
No. 20, mayo de 1997.
- *La arquitectura como un proceso viviente*
Douglas Cardinal, arquitecto canadiense del Museo Nacional del Indio Americano en Washington D.C.
No. 21, julio de 1997.
- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
Daniel Catán, compositor mexicano de opera, incluyendo *Florencia en el Amazonas*.
No. 22, agosto de 1997.
- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI*
Earl Lovelace, novelista de Trinidad y Tobago y ganador del premio de la Mancomunidad Británica para escritores en 1997.
No. 23, enero de 1998.
- *De vuelta del silencio*
Albalucía Angel, novelista colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano.
No. 24, abril de 1998.
- *Como se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina*
Roberto Suro, periodista estadounidense del *Washington Post* en Washington D.C.
No. 25, mayo de 1998.
- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes*
Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá
No. 26, julio de 1998.
- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson*
Cynthia McLeod, novelista surinamesa y autora de *El caro precio del azúcar*.
No. 27, agosto 1998.
- *Un país, una década*
Salvador Garmendia, escritor venezolano, ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura.
No. 28, setiembre de 1998.
- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Española en Panamá.
No. 29, setiembre de 1998.
- *Hecho en Guyana*
Fred D'Aguiar, novelista guyanés, ganador del Premio Whitbread y el Premio Malcolm X de Poesía.
No. 30, noviembre de 1998.

- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*
Sergio Ramírez, escritor nicaragüense,
Vicepresidente de su país, autor de
Margarita, está linda la mar.
No. 31, mayo de 1999.
- *Mito, historia y ficción en América Latina*
Tomás Eloy Martínez, escritor argentino,
autor de *Santa Evita*.
No. 32, mayo de 1999.
- *Fundamentos culturales de la integración
latinoamericana*
Leopoldo Castedo, historiador español-
chileno.
No. 33, setiembre de 1999.
- *El Salvador y la construcción de
la identidad cultural*
Miguel Huezco Mixco, periodista y poeta
salvadoreño.
No. 34, octubre de 1999.
- *La memoria femenina en la narrativa*
Nélida Piñon, novelista brasileña,
autora de *República de los sueños*.
No. 35, noviembre 1999.
- *Le Grand Tango: la vida y la música
de Astor Piazzolla*
María Susana Azzi, antropóloga cultural
argentina y miembro del directorio de la
Academia Nacional del Tango en Buenos
Aires.
No. 36, mayo de 2000.
- *El fantasma de Colón: el turismo, el arte y la
identidad nacional en las Bahamas*
Ian Gregory Strachan, profesor de inglés
en la Universidad de Massachusetts
en Dartmouth, y autor de la novela
God's Angry Babies.
No. 37, junio de 2000.
- *El arte de contar cuentos: un breve repaso a la
tradición oral de las Bahamas*
Patricia Ginton-Meicholas, presidenta
fundadora de la Asociación de Estudios
Culturales de las Bahamas, y ganadora de la
Medalla Independence de Bodas de Plata
en Literatura.
No. 38, julio de 2000.
- *Fuentes anónimas: una charla sobre
traductores y traducción*
Eliot Weinberger, editor y traductor de
Octavio Paz, y ganador del premio PEN/
Kolovakos por su labor
como promotor de la literatura hispánica
en los Estados Unidos.
No. 39, noviembre de 2000.
- *Trayendo el arco iris a casa:
el multiculturalismo en Canadá*
Roch Carrier, director del Consejo Cana-
diense para las Artes (1994 -1997), y el cuar-
to Director de la Biblioteca Nacional de su
país.
No. 40, febrero de 2001.
- *Una luz al costado del mundo*
Wade Davis, explorador residente de la
National Geographic Society y autor de *The
Serpent and the Rainbow* [La serpiente y el arco
iris] y *One River* [Un río].
No. 41, marzo de 2001.
- *Como nueces de castaña: escritoras y cantantes del
Caribe de habla francesa*
Brenda F. Berrian, profesora de la Universidad
de Pittsburgh y autora del libro *That's the Way
It Is: African American Women in the New South
Africa*.
No. 42, julio de 2001.

- *El capital cultural y su impacto en el desarrollo*
Camilo Herrera, sociólogo colombiano; en 2000 fundó y dirige el Centro de Estudios Culturales para el Desarrollo Político, Económico y Social, en Bogotá.
No. 43a, octubre de 2001.
- *La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales*
Basado en el artículo de Ronald Inglehart, profesor de Ciencias Políticas y director de Programa en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan.; y Wayne E. Baker, profesor asociado en el Instituto de Investigación Social.
No. 43b, febrero de 2002.
- *Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina*
Néstor García Canclini, destacado filósofo y antropólogo argentino, ganador del Premio Casa de la Américas (1981) y director del programa de Estudios Culturales Urbanos en la UNAM, Iztapalapa, México.
No. 43c, abril de 2002.
- *"Downtown" Paraíso: reflexiones sobre identidad en Centroamérica*
Julio Escoto, novelista hondureño ganador del Premio Nacional de Literatura (1974), el Premio Gabriel Miró de España (1983) y el Premio José Cecilio del Valle de Honduras (1990).
No. 44, enero de 2002.

○ Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.

Banco Interamericano de Desarrollo

CENTRO CULTURAL DEL BID

1300 New York Avenue, N.W.

Washington, D.C. 20577

Estados Unidos de América

Tel: (202) 623-3774

Fax: (202) 623-3192

IDBCC@iadb.org

www.iadb.org/exr/cultural/centerI.htm